
GRANDES
A
AVENTURAS
INDIANA JAMES
EL DIENTE DE PERRO

Genial, divertidísima 2.ª entrega de las aventuras del cazador de tesoros al que la gente confunde con la odiosa medianía hollywoodiense Harriford Jones. La historia comienza donde la dejamos. Harto de la cochambre de su hotel hong-konés, Indiana se enrola en un petrolero lleno de buscavidas. Uno de ellos, Kurt Olsson, pierde al póker con Indiana su posesión más preciada: un colgante con un diente de perro; pero el muy bandido, a la altura de Bombay, le roba a Indiana el collar y de paso todas sus posesiones. Tras recuperar lo suyo, Indy conoce a Kobra, una joven que trabaja bailando desnuda encima de un inmenso tigre llamado Killer. Ésta le cuenta para qué sirve el misterioso collar: una reunión secreta tiene lugar en unas horas en La Meca, donde cientos de portadores de collares como ése están siendo contratados para formar una guerrilla que derroque un gobierno del norte de África. El instigador de la revuelta es un
ex-nazi
que viste de punta en blanco y lleva un halcón vivo en cada hombro, amaestrados para matar. Pero la revuelta africana es una tapadera para que varios capos huyan repatriados, exportando de paso toneladas de heroína. Indiana descubre el pastel, aplaca la revuelta y aterriza en pleno festival de Cannes.



Indiana James

El diente de perro

Bolsilibros - Indiana James - 2

ePub r1.0
LDS 20.04.18

Título original: *El diente de perro*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Así es la vida.

Tal día como hoy, tienes una novia cuyos poderes telepáticos te permiten ganar millones al póquer, y frecuentas los mejores hoteles, los mejores casinos, los mejores ambientes, siempre con el «por favor» por aquí, el «no faltaría más» por allá, embutido en tu *smoking*, rodeado de joyas, comiendo platos de nombres franceses y demás…

… Y tal día como mañana estás solo en la vida, snif, la chica te dejó, te viene la mala racha, te dan las malas cartas, pierdes lo ganado y tienes que volver a empezar.

Hong Kong, con dinero en el bolsillo, es maravilloso. Sin un centavo, se convierte en la ciudad más asquerosa que existe.

Eso pensé yo aquel día cuando entré en la cochambrosa habitación del infecto hotelucho donde vivía y constaté que alguien había entrado para llevarse todas mis pertenencias. Todas mis miserables pertenencias, incluido el *smoking* que guardaba para empeñar cuando me apretara la necesidad. Sólo me dejaron unos calzoncillos con el elástico dado de sí.

Cosas así hacen que decidas sentar cabeza, buscar un trabajo seguro y abandonar para siempre la vida de la aventura. Por eso, decidí embarcarme en el Ballena Negra, un petrolero chirriante que se dirigía al golfo Pérsico en busca de oro negro.

El Ballena Negra hacía honor a su nombre: rezumaba grasa por los cuatro costados, incluidos los jergones donde se hacinaba (nos hacinábamos) la tripulación; era grande y tan difícil de maniobrar como un cachalote borracho; y olía a sobaco de demonio concentrado.

Nunca hasta aquel momento había trabajado en un petrolero y

nunca más pienso hacerlo, en todo lo que me queda de vida. Te pasas el día intoxicado por los gases que se desprenden de la carga, dando bandazos por un laberinto demencial de tubos, válvulas, escalerillas y obstáculos que ni el más loco de los ingenieros es capaz de imaginar estando sobrio. La comida es mala, la paga peor, y les aseguro que mi difunta madre no hubiera aprobado la compañía que encontré allí.

Sólo había un tipo decente en aquel barco y era yo. Los demás eran una manada de simios sin escrúpulos ni higiene, no sólo capaces de asesinar a sus madres por capricho, sino también de jactarse de ello. De hecho, todos aquellos monstruos solían presumir, entre carcajadas, de los muchos asesinatos que habían cometido.

Se comprenderá, así, que mi única obsesión consistiera en ganar el máximo de dinero en el mínimo tiempo posible para poder abandonar cuanto antes aquella antesala del infierno.

Así que me apunté a la timba que aquellos alegres muchachos organizaban cada noche en la sala de máquinas, arrullados por el estruendo de los motores anémicos, que nos obligaban a hablar a gritos, y mecidos por el vaivén infernal de un mar endemoniado.

Mientras olas de veinte metros barrían la cubierta del Ballena Negra, haciéndole dar brincos y volteretas como si se tratara de un bote de remos, en su interior nosotros trasegábamos aguardiente muy parecido al alcohol de 96.º y nos jugábamos al póquer fortunas que quién sabe de dónde salían.

Cuando me aceptaron entre ellos, después de hacer escala en Singapur, lo único que yo tenía de valor eran los cordones de los zapatos. Empecé apostando la semanada que aún no había cobrado y comprobé, eufórico, que la suerte volvía a estar de mi parte.

Pasado el estrecho de Malaka, ya me había hecho con un capital y algunos admiradores incondicionales, que me eligieron jefe y protector frente a un energúmeno llamado Kurt.

Kurt era grande como el Everest, con el pelo cortado a cepillo, ojos como canicas de colores y en la boca más agujeros negros que dientes. Hasta que llegué yo, una pareja de ochos suya valía más que una pareja de ochos de otro. Era el jefe de la manada y tenía el derecho de no trabajar y abofetear a quien le apeteciera sólo para desentumecerse los músculos.

Yo le discutí su autoridad venciendo cualquier pareja de ochos con una serie interminable y asombrosa de póquer de ases que empezó a la altura de las Islas Nicobar y que no paró hasta Bombay.

Tantos ases me convirtieron en un héroe para muchos y me atrajeron el odio más corrosivo del llamado Kurt. Varias veces me sometió a cacheos y registros exhaustivos para comprobar que yo no hacía trampas. Y, cuando se convencía de que no las hacía, daba rienda suelta a su furor mordiéndose los puños, dándose cabezazos contra la pared, aullando como una orangutana en celo y abofeteando a sus incondicionales.

Sin embargo, la explosión de nervios no sucedió hasta que Kurt apostó su collar de diente de perro contra una propuesta mía de doscientos dólares.

Aquella noche de espantoso temporal, los reyes y las reinas se habían dado cita en mis manos como si éstas fueran una revista del corazón. De vez en cuando, la inevitable reunión de ases había despertado más de un silbido penetrante.

Sacudidos por unas olas empeñadas en volcar el petrolero, fueron pasando por delante de mí todos los secuaces de Kurt que todavía tenían algo que perder. Y Kurt, con sus ojos como canicas girando vertiginosamente, apostó una y otra y otra vez. Y perdió una y otra vez.

En la última mano de la noche, yo tenía un deslumbrante *full*. Llevaba ganados cerca de mil dólares. Puse doscientos en el centro de la mesa, con ganas de irme a dormir y esperé la respuesta de Kurt. Él no podía igualar mi apuesta.

Le tembló la mandíbula, chirriaron sus escasos dientes y, por fin, con los músculos agarrotados, respondiendo seguramente a la idea de que yo no podía ganar siempre, se descolgó del cuello un diente de perro, un simple y asqueroso diente de perro que siempre lucía como si fuera un valioso adorno, y lo puso sobre la mesa.

—¡Veo! —aulló para hacerse oír por encima del estruendo de las máquinas.

Yo no podía creerlo.

—¿Qué significa ese diente careado?

—¡Este diente vale millones, estúpido! ¡Vale más que tu sucia vida! ¡Veo tus cartas!

Juro que admití aquello para que terminara la fiesta en paz. Kurt

estaba muy excitado y no era prudente empujarlo más hacia la locura homicida. Deseé no tener un *full*, o que él tuviera algo superior. Deseé que me ganara porque sabía que, si no era así, aquella noche habría problemas.

Gané yo. Un *full* siempre ha sido más que un trío.

Recogí el dinero y, cuando me apoderaba del collar del diente de perro, lo vi venir.

Luego, se habló mucho acerca de quién empezó la pelea. La verdad es que pegó él primero. Es decir, Kurt tiró la mesa al otro lado de la sala de máquinas y yo lancé un formidable derechazo.

La verdad es que no puedo presumir de derecha. O, al menos, no puedo presumir de ese derechazo. Porque se perdió en el aire y, mientras yo me tambaleaba debido al balanceo del barco, dio permiso a Kurt para que estampara su puño, del tamaño de un balón de fútbol, contra mi rostro.

Así empezó la fiesta. El pegó primero. Y yo repliqué con una serie que empezó en popa y terminó en proa, trescientos cincuenta metros y ciento veintisiete puñetazos más allá, después de arrinconar literas, desclavar todas las mesas del comedor, caemos por todas las escalerillas posibles, romper cristales, doblar barras de hierro, hacer saltar cerrojos y convertir en astillas varios armarios. Todo ello, jaleados por los incondicionales de ambos bandos, que hacía años que no veían una pelea parecida.

Después de esta serie, Kurt estaba bastante aturdido y yo estaba completamente agotado. Entonces, le tocó a él. Iniciamos un dúo de batería, concierto en estéreo a cuatro manos y dos voces.

Los puños de Kurt dieron las notas graves. ¡Ploc, bom, bum, fwoh y hump! Yo repliqué con notas más agudas. ¡Bang, crac, zas, hang, chac y tunda!

Memorable fue el momento en que perdí el conocimiento al recibir un trompazo magistral que me lanzó, volando, al fondo de una escalerilla; y, curiosamente, recuperé el sentido precisamente al chocar aparatosamente contra el suelo del piso inferior. Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo Kurt se me venía encima, con los pies por delante, dispuesto a hundirme el tórax con sus pesadas botas claveteadas.

Rodé sobre mí mismo, oí cómo se descoyuntaba el ariete contra el lugar que yo ocupaba segundos antes, y embestí de cabeza. Bum,

contra su estómago, y bataglanng, contra una caja de herramientas que se vino abajo. El me agarró del pelo y enarboló una especie de manivela dispuesto a partirme la cabeza en dos.

Reaccioné a tiempo.

Le agarré de lo que Dios le había dado de más y tiré hacia abajo mientras, desesperadamente, le machacaba la cara para convencerle de que soltara la herramienta. La soltó y empezó a castañetear de dientes con un ruido similar al que hacen las bailarinas españolas con las castañuelas.

En otro instante, no sé cómo, atravesamos el grueso cristal de una ventana, abrazados los dos, y fuimos a parar a cubierta. Estaba completamente mojada y, a cada embestida de las olas, se convertía en una rampa resbaladiza que terminaba en el mar encrespado. Aun así, creo que no nos hubiéramos soltado de no ser por la catarata que cayó sobre nosotros, como el cubo de agua sobre los perros que escandalizan a los niños, y que pareció arrastrarme al fondo del mar.

Fue tan grande la masa de agua que nos sumergió que creí estar nadando en ella a pesar de que no me moví de la cubierta. Quizá incluso pretendí bucear contra corriente, para impedir que aquella fuerza monstruosa me sacara fuera del barco, como sin duda era su intención. No fui más fuerte que el maremoto, pero sí lo fue el hierro de la barandilla, contra el que choqué.

A partir de ese momento, mi única obsesión era la de volver al interior de la nave. Estaba seguro de que una segunda ola acabaría conmigo. Kurt no estaba a la vista (¡ojalá se hubiera ahogado para siempre!) y corrí, resbalando y tropezando, hasta una cercana puerta salvadora.

Dentro, mis hombres estaban a punto de soltar amargas lágrimas por mi muerte, y mi aparición los hizo inmensamente felices. Máxime cuando Kurt también estaba allí, sano y salvo, y dispuesto a continuar el sarao.

—¡Mierda! —Me dio tiempo a decir.

Cabeceé, esquivando el cañonazo que se me venía, disparé un fuerte
uno-dos
al estómago del gigante, y así proseguimos hasta el amanecer.

Cuando nos convocaban para el desayuno, los dos teníamos las

caras muy parecidas a un steak-tartar.

Resoplábamos como perros después de una carrera. Nos movíamos como ancianos de goma y nuestro puñetazo más contundente, aquél que nos hacía caer y revolcamos por el suelo en complicadas volteretas, a un niño de pecho le hubiera parecido una tierna caricia. Kurt ya no tenía ningún diente en la boca (tenía algunos metidos casualmente en el bolsillo de su destrozada camisa) y yo había perdido mi gorra.

Trató de golpearme con un extintor. Lo agarró con las dos manos y lo levantó por encima de su cabeza con intención de aplastarme la mía.

Yo no podía hacer nada, acorralado contra un rincón.

Pero él tampoco podía hacer nada. El extintor pesaba demasiado para él. Un vaso lleno de agua hubiera pesado demasiado para él en aquellos momentos. Así que se tambaleó hacia atrás, y el barco potenció su movimiento inclinándose pronunciadamente hacia estribor, y él trastabilló a pasos cortos, de espaldas, hasta la pared del fondo, donde topó. Instintivamente, soltó el extintor, que le cayó sobre la cabeza con ruido sordo.

Todo eso me permitió arrastrar los pies hacia donde estaba él y, con gesto de hastío, echar el puño atrás y darle un limpio uppercut en una mandíbula de ladrillo.

No sé si el mérito fue mío o del extintor, pero el caso es que Kurt cayó como un saco vacío.

Mientras a mí alrededor todo eran vítores y aplausos, risas y celebraciones, yo levanté el puño hasta la altura de mis hinchados ojos y, lentamente, muy lentamente para no hacerme daño, lo abrí.

En su interior, durante toda la pelea, había estado y seguía estando, el diente de perro.

Un largo colmillo con una perforación en la raíz por la que pasaba una cadena de hierro.

Un diente de perro que yo contemplé largamente en los días que faltaban hasta Bombay, cuando decidí no seguir jugando al póquer y apartarme del mundanal ruido para evitar jaleos peores.

Me preguntaba qué podía dar a aquel diente de perro tanto valor como para oponerlo a una apuesta de doscientos dólares y para promover por él una pelea tan espectacular como la que habíamos organizado.

¿Qué sería aquello? ¿Un amuleto? ¿El furor ciego de Kurt era debido a la superstición? ¿Sería quizá el diente una de las tres piezas imprescindibles para el hallazgo de un fantástico tesoro?

Decidí por fin que posiblemente la pelea me hubiera trastornado el cerebro. La lógica respuesta a mis preguntas estaba en el odio de Kurt al ver disputado su liderazgo y al verse arruinado por un advenedizo como yo. Cuando puso el diente de perro sobre mi apuesta (me dije) sólo pretendía chañarme, demostrarme que él seguía siendo el jefe y quien dictaba las reglas del juego.

Así que metí aquella porquería en mi macuto y saqué de él el libro que en aquellos momentos monopolizaba mi atención. La conjura de los necios, de Kennedy Toole, ese genio que se suicidó.

Vencer la pelea me había convertido en jefe indiscutible y eso me permitió no trabajar en los días siguientes y verme libre de la presencia del enloquecido y rencoroso Kurt, a quien mantenían a raya un par de animales que antes habían sido fieles a él y ahora eran fieles a mí.

Nueve días después, llegábamos a Bombay.

Un día en que el mar Arábigo era liso como una balsa de aceite y el sol refulgía generoso en el cielo y todo lo demás. Un día de esos bonitos, vaya.

El atraque en el puerto del sándalo fue perfecto y aquella ciudad moderna, decorada con joyas arquitectónicas victorianas y con el arco de triunfo, la «puerta de la India» que celebra no sé qué visita de no sé qué rey inglés, tendió tentadoramente sus brazos hacia nosotros.

Todo era hermoso, pues. La vida merecía la pena ser vivida…

… Hasta que se declaró el incendio a popa. Gritos, una sirena de alarma, carreras, órdenes imperiosas, caos, un poco de pánico. El hecho de que el petrolero no llevara carga no hacía aquello menos peligroso. Un petrolero es siempre una bomba incendiaria, una fantástica bomba incendiaria capaz de arrasarlo todo alrededor.

En realidad, no fueron más que cinco horas de locura, humos, asfixia y quemaduras. Los grandes extintores de cubierta, como descomunales aparatos de riego por aspersión, nos dejaron empapados a todos y extinguieron hasta la última chispa. Y entonces oí que decía el contramaestre:

—¡Todos a formar! ¡Quiero atrapar al bastardo que ha

provocado este incendio…!

Cuando formé con los demás en cubierta, ya tenía un presentimiento. El concepto «incendio provocado» me trajo a la mente, no sé por qué, la imagen desdentada de Kurt. No me sorprendió en absoluto que, al pasar lista, nadie respondiera cuando el contramaestre gritó el nombre de Kurt:

—¡Kurt Olsson!

No respondió nadie. Y una cadena de presentimientos me secó la boca. En cuanto pude, corrí a los dormitorios, a mí taquilla. La puerta estaba destrozada.

Dentro, no había nada. Ni mi macuto, ni mi ropa interior, ni siquiera los calzoncillos del elástico dado de sí que me habían respetado los ladrones en Hong Kong. ¡Ese maldito Kurt había organizado el incendio para burlar la vigilancia de quienes me protegían y así recuperar su maldito diente de oro!

Y, lo que era peor, se había llevado el libro que yo estaba leyendo precisamente cuando se ponía más interesante.

Capítulo II

Bombay es una ciudad de ocho millones de habitantes. O sea, un montón de gente con algunas pocas casas en medio. No es fácil buscar a una persona en una ciudad así, si no se sabe dónde está. Por suerte, yo todavía conservaba el fajo de billetes en el bolsillo y un montón de amigos y admiradores incondicionales entre la fauna del barco.

Estuve haciendo preguntas y repartiendo dinero como quien espolvorea confetti la Noche de Fin de Año. Me enteré de que Kurt tenía dinero, sí, y de que siempre había sido un jugador empedernido, sí, y de que había hablado de una misión importante a la que se dirigía en aquellos momentos. Había presumido de que iba a ganar tanto dinero que el mes próximo compraría el petrolero para convertirlo en su yate de recreo. Al parecer, su auténtica vocación y profesión era la de soldado de fortuna (o sea: mercenario) y se había estado divirtiendo en los últimos años tirando bombas y ametrallando e incendiando gente en distintos países tercermundistas. Todo lo cual contribuyó a que yo me hiciera un retrato-robot bastante exacto del fulano en cuestión.

Luego, le pedí al contramaestre que me hiciera la liquidación y le pregunté si no le importaba que yo me quedara en tierra. Me pagó y me respondió exigiendo que le prometiera que no iba a volver a poner mis pies en aquel petrolero en el resto de mi vida. Se lo prometí, estreché su mano y descendí al muelle dispuesto a encontrar a Kurt aunque fuera lo último que hiciera en mi vida.

Me pasé gran parte del día hablando con aduaneros, estibadores y demás asiduos de la zona portuaria. Primero, estuve describiendo a Kurt, para comprobar si alguien le había visto y conocía su paradero; pero se negaban a creer que existiera en el mundo nadie

tan feo. Creyeron que yo bromeaba. Luego, pregunté por algunos sitios donde poder echar unas manitas de póquer a lo fuerte, lo que significaba de forma clandestina. Repartiendo dinero para los Huérfanos de Brahma y Siva obtuve de los nativos las direcciones de media docena de sitios como los que buscaba.

Casi todos los garitos estaban próximos al puerto, así que no tuve que gastar mucha suela de mis botas. Me abrí paso entre una muchedumbre de críos que me tendían las manos exigiéndome dinero, y tomando buena nota de cómo lo hacían por si volvía a verme en apuros monetarios, y llegué al primer local de la lista.

Se trataba de eso que la gente fina da en llamar «bar de señoritas» y tenía un pomposo nombre hindú que, traducido, significaba algo así como Las Sirenas de los Ocho Mares. No sé cuál sería el octavo. Entré y le pregunté a una dulce muchachita con ese puntito rojo en mitad de la frente dónde estaba lo interesante de la casa. Tal como me habían dicho que hiciera. Dije que me enviaba el amigo común. Y me franqueó el paso a una puerta cerrada con candado por fuera. Encerrados allí, exactamente igual que en una celda carcelaria, jugaban todos los tahúres de los ocho mares, sea cual sea el octavo.

Es decir: todos, excepto Kurt.

Golpeé con los nudillos en la puerta, le dije a la chica que me había equivocado, y me fui en busca de nuevas emociones.

El segundo local tenía el nombre en inglés: Los Tiburones del Mar Arábigo. Allí se jugaba en un altillo con estrecha vigilancia de diez o doce gigantescos hindúes con turbante. Su aspecto era tan amenazador que los jugadores estaban más pendientes de ellos que de la partida, y se les veía asustados y temblorosos, con ganas de perderlo todo de una vez para poder ir a sus casas.

Tampoco allí estaba Kurt.

Iba a salir cuando uno de los hindúes gigantes me agarró de la ropa y me preguntó por qué no me quedaba y perdía un poco de dinero. Le respondí en inglés (que no comprendía), recitando un monólogo de Shakespeare y poniendo cara de susto. Se rió, creyendo que me había asustado, y me dejó ir.

Más tarde, estuve en un piso particular donde, por alguna razón, todos los jugadores usaban gafas negras. Y en una sauna donde había que cambiar de baraja cada media hora porque el vaho, la

humedad y el sudor las echaba a perder. Y en un antro llamado Las Vírgenes Caníbales, de donde salí precipitadamente al ver la clase de gente que lo llenaba.

De esta forma, fui a parar al local conocido como La Sublime Obsesión.

Era un local chino. Una mezcla de bar, fumadero de opio, discoteca y sala de fiestas, todo ello cubierto por un lujo dorado y adornado de cabezas de dragones, pebeteros y esculturas kamasutrianas. Incomprensible música china en altavoces a media voz, chinitas silenciosas y ceremoniosas que juntaban las manos y saludaban con la cabeza y con la sonrisa. Había barra de bar, para estar de pie; mesas con sillas para estar sentado; y almohadones por los rincones para echarse. Media luz y, en el centro, un escenario circular donde una hermosa rubia de piel blanquísima se quitaba la ropa mientras bailaba haciendo equilibrios en el lomo de un tigre.

Sí. Un tigre. Uno de esos felinos gigantescos, excesivamente musculosos y recelosos y taimados. Un bicho peligroso, en definitiva. Una ojeada en derredor me tranquilizó. La expresión de aburrimiento de todos los espectadores parecía significar que aquel bicho era un antiguo cliente y nada había que temer de él.

Por si acaso, me bebí un *whisky*. Admiré a la chica, confiando en que el bicho no fuera celoso. Mentalmente, agradecí que me regalara la vista con un cuerpo blanquísimo y desnudo y lamenté que, terminado el número, se fuera con su animal a otro lugar del edificio. Entonces, pregunté por el sitio donde se jugaba al póquer. Aludí de nuevo al amigo común y me señalaron precisamente la cortina por donde se habían ido la bella y la bestia.

Llegué a una timba de lujo.

Mesas verdes, como de césped refrescante, bajo lámparas que imitaban los quinqués de final de siglo. Sillones de brazos. Barra de bar. Un camarero chino de *smoking* blanco. Al fondo, la luz provenía de una gran pecera donde pululaban pequeños pececitos grises y rojos. Me llamó la atención que el camarero estuviera terminando de cortar una pata de cordero, haciendo pequeños cubos con ella. Me extrañó que se dirigiera a la pecera y echara toda esa carne al agua. Me alarmó ver que los pececitos se abalanzaban sobre la carne y la devoraban con espantosa ferocidad.

—Pirañas —me dije en voz baja, como para convencerme a mí

mismo de que no soñaba.

Completando el exotismo del local, el tigre yacía en el suelo, aburrido por la indiferencia de quienes jugaban. Una cadenita que un caniche algo molesto hubiera partido de un tirón unía la bestia a la muñeca de la hermosa rubia de ojos azules y almendrados y piel blanquísima, cuyo cuerpo desnudo yo acababa de admirar en la sala de al lado. Vestía un traje muy ajustado, amarillo y negro, imitación de piel de tigre, para hacer juego con su amiguito. Una sugerente abertura que casi le llegaba al sobaco mostraba por completo una de las piernas de la chica, que parecía mucho más esbelta, larga y bien torneada con vestido que sin.

Y, por fin, como la guinda que corona el pastel, Kurt.

Kurt con una recién estrenada dentadura postiza, y sus ojos como canicas multicolores.

La chica, la rubia, la propietaria del tigre, tenía su mano posada en el hombro de mi antiguo rival.

Bueno, pero yo estaba allí para algo y ahora no me podía echar atrás, ¿verdad?

Me planté ante él. Usaba camisa abierta y, sobre su torso lampiño, podía verse perfectamente el collar con el diente de perro. Kurt levantó los ojos y me vio.

—Hola, Kurt —dije—. Ese collar es mío… —Kurt estaba petrificado. No sabía cómo reaccionar. Miró de reojo a uno y a otro lado, pero sus compañeros de mesa no habían hecho ningún movimiento. Añadí—: Devuélvemelo o les diré a estos señores que eres un mal perdedor…

Aunque yo miraba a Kurt, de reojo no dejaba de controlar los movimientos de la dueña del tigre. Notaba sus ojos extrañamente orientales, exóticamente azulísimos, fijos en mí. Aquel tigre me tenía aterrorizado.

—Déjame en paz —masculló Kurt—, o te echaremos a Killer. ¿Verdad que le echaremos a Killer, nena?

Yo miré al techo.

—Sí —dijo la nena—. Le echaremos a Killer.

A todo esto, los jugadores habían decidido interrumpir su partida y estaban pensando cómo largarse de allí corriendo despavoridos pero dignamente a la vez.

Mierda, seguro que Killer era el tigre, y me lo iban a echar.

Bueno, ¿qué podía hacer yo? Había ido allí para pedir lo mío y hubiera sido ridículo, de pronto, pedir disculpas y largarme con las manos vacías, ¿no?

—Te llevaste mi macuto, mi cepillo de dientes, unos calzoncillos a los que tengo especial cariño, un libro que todavía no he terminado de leer… y el diente de perro. Devuélvemelo y tengamos la fiesta en paz.

«Tengamos la fiesta en paz» son cinco palabras mágicas que parecen atraer grandes conflictos sobre el que las pronuncia.

Kurt empujó con las dos manos la mesa contra mí, arrastrándola por el suelo y derribando a uno de sus compañeros de juego. Los otros dos echaron a correr, despavoridos, sin dignidad ninguna. El camarero de *smoking* blanco hizo un gesto para intervenir, pero, de pronto, la habitación se había llenado de tigre.

—¡Mata, Killer! —bramó Kurt al tiempo que ya daba un salto atrás para que la mesa no me hiciera daño.

El tigre ni siquiera se movió.

—Sí, Killer —dijo entonces la chica soltando la ínfima correa.

«*Sí, Killer*», toda mi vida oiré estas dos palabras dichas con escalofriante serenidad. Y el tigre saltó, voló, en dirección a mí.

Lo esquivé echándome de costado sobre la mesa y, al mismo tiempo que pasaba por encima de mí, lancé contra él una patada de dos pies unidos. El animal se dobló, se retorció en el aire como una serpiente y cayó pesadamente, patas arriba.

Todos los espectadores se agolpaban contra las paredes y me miraban con los ojos fuera de las órbitas.

Yo buscaba en torno algo con que defenderme pero ya el felino rodaba sobre sí mismo en un rincón del suelo, y se catapultaba sobre mí con sus poderosas patas traseras.

Improvisé nuevamente agachándome y ocultándome bajo la mesa. Golpearon el tablero las patas delanteras del bicho, se desplazó la mesa cosa de un metro, y me mantuve debajo de ella.

El tigre giró sobre sí mismo como una peonza, me localizó y se me vino encima. Ahora me tocó a mí escabullirme y saltar a lo alto de la mesa. El animal pasó por debajo.

La gente empezaba a divertirse.

Mis ojos se tropezaron con los de la chica rubia de piel blanca. Ella también se reía. Pero quizá lo hiciera de forma distinta a los

otros. Era como si contemplara un espectáculo inofensivo, algo limpio, divertido e inocente como una sesión de payasos.

Kurt, en cambio, se mordía los labios con sus dientes postizos con ansia evidente de ver sangre.

El tigre volvía a la carga. Salto alucinante. Yo creía que la cosa sería sencilla, en adelante. Que bastaba con saltar al suelo y ponerme otra vez bajo la mesa. Pero esta vez me equivoqué. Me falló el pie, me caí de la mesa y el animal me alcanzó.

Vi cómo se me venían encima aquellas fauces abiertas, llenas de dientes diez veces más grandes que el colmillo de perro por el que me buscaba la ruina.

Embestida parecida a la de una locomotora sin frenos, dos patas me clavaron los hombros al suelo venciendo toda posible resistencia de mi cuerpo.

Supongo que se me paró el corazón y que me morí por adelantado sólo al presentir lo que podía ser aquello. Dientes destrozándome la tráquea y triturando mis huesos y cosa por el estilo. Luego, toda la selecta clientela del local podría asistir gratuitamente al espectáculo de un tigre con el morro metido en las vísceras humeantes de un ser humano. Supongo que se me paró el corazón y me morí y volví a resucitar unos segundos después, al ver que no sucedía nada.

Abrí los ojos y el tigre me dio un puñetazo. Sí: levantó una pata y zas, me volvió la cara de un derechazo…

Un puñetazo de tigre es fuerte, es duro, duele mucho… Pero parece un beso de mujer hermosa si lo que te esperabas era un festival de sangre y pus como el antes descrito. Me dio un puñetazo con una zarpa benigna y juguetona, sin uñas, y al mismo tiempo oí la risa cristalina de la chica rubia, y al mismo tiempo creo que también a mí se me escapó una risa de alivio. ¡Mierda, todo era un juego…!

—¡Killer, aquí! —gritó la voz suavísima, preciosa, de la chica, mi salvadora, la voz más hermosa que he oído en mi vida.

El tigre me dirigió una mirada como de disculpa, como diciendo: «Perdona, pero ya no puedo seguir jugando contigo», y se apartó de mí. Me levanté de un salto.

La chica todavía se reía.

—¡Pero, nena, haz algo! ¡Haz que lo mate, maldita sea!

—Volvamos a empezar, Kurt —dije—. ¡Yo entraba y te decía: «Dame el diente de perro, ladrón, y todo lo que me robaste, ladrón, dame lo que es mío, tramposo…»!

En un repentino ataque de rabia, Kurt giró sobre sí mismo. Yo no lo había visto, pero tenía una mano en el bolsillo, y esa mano salió armada de una navaja abierta, y lanzó la navaja contra mí, inesperadamente, a traición.

La esquivé justo a tiempo. La navaja se clavó en el pecho del camarero de blanco, que lanzó un alarido. Y Kurt se me vino encima. Esquivé su embestida y le serví cuatro kilos de puñetazos en el plexo solar y un cabezazo a la nariz. Retrocedió tambaleándose. Extendí la mano, agarré el diente de perro y se lo arranqué del cuello de un tirón. El, aprovechando el impulso del tirón, se abalanzó sobre mí, me abrazó, me arrolló con su corpulencia. Arrinconamos la mesa donde yo había jugado con el tigre, la partimos en dos, yo le pegaba a los costados y él encajaba tratando sólo de agarrarme firmemente. Estaba dispuesto a soportar cualquier tipo de castigo, con tal de que mi futuro fuera el que él había pensado para mí.

Me levantó en vilo, ignorando los puñetazos que yo le propinaba a la cara, con todas mis fuerzas, y avanzó, estoicamente, hacia la pecera llena de pirañas.

Los pececillos amazónicos se habían quedado hambrientos después del aperitivo con la pierna de cordero, y me miraban a través del cristal, ilusionados e impacientes.

Un paso, dos, tres, hacia la pecera. Y yo golpeaba, desde arriba, plas, a la cara, plas, a la nuca, plas, a la cara, plas, a la nuca, y él seguía impertérrito… De pronto, vi que yo ya estaba por encima del borde de la gran pecera, que por debajo de mí había ya agua, una especie de bañera llena de agua burbujeante, luminosa y llena de pirañas hambrientas.

Por suerte, la pecera estaba contra la pared, y en la pared había artísticas molduras. En el momento en que Kurt quería darme el baño, dejé de darle puñetazos para agarrarme a las molduras que había cerca del techo y, libre ya de sus manos, que esperaban verme chapoteando allí dentro, encogí las piernas para que no se mojaran y las estiré en un patadón impresionante que envió a Kurt prácticamente al otro lado de la habitación.

Salté al suelo. Kurt se había puesto en pie. Yo tenía aún las piernas flexionadas cuando el mastodonte se me venía encima, la cabeza por delante, como un obús, gritando como una fiera que era.

Me hice a un lado.

Y su cabeza, escasamente acolchada por el pelo en cepillo, como una punta de flecha, como la cabeza de una bala, se incrustó limpiamente en la pecera con espantoso crujido.

Todos nos quedamos paralizados, incapaces de hacer ni un movimiento, mientras Kurt pataleaba, atrapado en aquel agujero de cristales que se le clavaba en el cuello, por el que ya escapaba el agua…

… Y por el que también querían escapar los peces, arrastrados por la corriente.

Las pirañas estaban hambrientas y se sintieron atraídas como por un imán por aquella cara de ladrillo que tenía ojos como canicas multicolores y una dentadura postiza apenas estrenada.

La moqueta del suelo, donde manaba el agua, cambió el color *beige* por el color rojo sangre.

Los clientes y mirones empezaron a chillar y a correr en todas direcciones. Yo, angustiado, petrificado, trataba de decirme a mí mismo, o a quien quisiera escucharme, que yo no había pretendido hacer aquella atrocidad, que había sido un accidente, cuando una mano femenina cogió la mía y tiró con fuerza de mí.

—¡Vamos, idiota! ¡Si no desapareces pronto de aquí, tendrás problemas con la poli!

Era la rubia. Ella y su amigo el tigre me miraban ansiosamente, suplicándome que les siguiera, porque querían salvarme la vida.

Así que les seguí.

Y, mientras corríamos por las calles de Bombay, abrí mi puño derecho y vi de nuevo en él, ya de mi propiedad, el maldito diente de perro.

Me pregunté si no sería uno de esos talismanes de leyenda que traen mala suerte a todo el que los posee. Estuve a punto de tirarlo.

Pero no lo hice, claro.

CAPÍTULO III

A lo lejos, comenzaron a oírse las sirenas de los coches de la policía. Pensé que era inútil avanzar pegados a las casas, tratando de ocultamos en las sombras. En Bombay, es difícil pasar desapercibido cuando uno va acompañado de una rubísima de piel blanquísima y de un tigre retozón que se relame cada vez que ve una vaca sagrada. Pero, no sé cómo, llegamos hasta un callejón, y montamos en un Chrysler del 58, destartalado y pintado de rojo.

Montamos en él. Killer, el tigre, se agazapó, prudente y discreto, en la parte trasera. La chica puso en marcha el motor y arrancamos con una cierta brusquedad.

Sirenas y alboroto quedaron atrás. Me permití respirar y admirar a mí salvadora.

—Me llamo Indiana James —le notifiqué.

Ella soltó un golpe de risa y dijo:

—Mucho gusto. Yo soy Marilyn Monroe.

Ya estábamos otra vez con el maldito enredo.

—James, he dicho —puntualicé, algo fastidiado, como siempre que me encuentro en esta confusión—. James. No Jones.

—Bueno, está bien, te llamaré Jim —accedió ella, indiferente—. Si no quieres darme tu auténtico nombre, es asunto tuyo. No me extraña que andes escondiéndote, si eras amigo de Kurt.

—No era amigo suyo… —puntualicé.

—A mí llámame Kobra. Es mi nombre artístico. El auténtico es demasiado vulgar. Kobra y Killer, suena bien, ¿no?

—¿Y eres amiga de Kurt?

—No… No mucho. Hace unos pocos años que le conozco. Era mercenario, compañero de mi hermano Mike, que murió en el Líbano. Cuando enterramos a Mike, en Valley Noor City, Estado de

Georgia, donde están mis padres; conocí a Kurt. Y ahora vino a verme y me pidió asilo por unos días. Estaba de paso.

—¿De paso? ¿Hacia dónde?

—¿No lo sabes? —se extrañó ella.

—¿Por qué habría de saberlo?

—Tu interés por ese collar de porquería. Kurt dijo, cuando le pregunté, que este collar era la llave mágica de la fortuna, que con él obtendría un trabajo millonario…

—¿Y adonde te dijo que iba?

—A La Meca.

—A todo esto, el tigre había apoyado su cabeza en mi hombro. Se me hacía muy difícil concentrarme en la conversación. Quizá debido a eso, ella volvió a la carga para hablarme de su vida y milagros. Ella quería ser cantante, pero de momento «bailaba» con el tigre porque no encontraba otro trabajo. Pensé que no tenía mucho futuro. Un tigre en un número de *strip-tease* sirve de adorno exótico, pero no creo que en la Scala de Milano le permitieran cantar el aria de *Madame* Butterfly con su mascota al lado. No le dije nada para no desanimarla.

El apartamento de Kobra estaba en la planta dieciocho de un moderno y lujoso edificio de la zona moderna de Bombay, con vistas a la gran bahía. Se me ocurrió que, posiblemente, no podría vivir allí si solamente se dedicara a cantar unas tonadillas en la Scala de Milano. Hacer *strip-tease* con un tigre debe ser más rentable. De momento, me sorprendió que dejaran entrar a Killer sin pestañear, pero luego consideré que la cosa no tenía nada de particular. Después de todo, también habían dejado entrar a Kurt.

Kobra, por teléfono, pidió que nos subieran una cena fría.

El apartamento estaba muy bien, francamente confortable, con todos los adelantos, aire acondicionado y demás, pese a todos los esfuerzos de la chica aquello olía a tigre.

—¿Dónde estaba instalado Kurt?

Kobra me indicó el cuarto de Killer. Junto a la manta del noble felino, estaban las pertenencias del otro animal embrutecido. Una bolsa de considerables dimensiones y mi modesto macuto. Dentro de él, el libro, el cepillo de dientes y los famosos calzoncillos con el elástico vencido. El pasaporte lo llevo siempre en uno de los profundos bolsillos de mi chaleco cubierto de cremalleras.

Cuando me agaché para echar una ojeada al equipaje de Kurt, descubrí que me dolía todo el cuerpo. Gemí. Y Kobra me oyó.

—Dúchate tú primero.

Se lo agradecí casi con lágrimas en los ojos. Segundos después, un fuerte chorro de agua tibia resbalaba por todo mi cuerpo arrastrando consigo los últimos residuos de petróleo y el dolor de algunas zonas. Me faltó poco para dormirme de pie bajo el agua. Yo no me di cuenta pero Kobra me contó luego que me estuvo saliendo de la garganta un mimoso ronroneo parecido al que hacía Killer cuando le acariciabas la nuca con una pluma. Por fin, con un esfuerzo sobrehumano, cerré el grifo, me envolví con una toalla y me arrastré hasta el saloncito.

—¡Ahora me toca a mí! —exclamó, alegremente, Kobra. Saltó por encima de mí y se encerró en el cuarto de baño como si allí se dispusiera a realizar algo muy secreto y muy delicioso.

Yo me tumbé en un manidísimo sofá. Estaba tan cansado que parecía que una mano gigantesca e invisible me aplastara y me hundiera más y más en los confortables almohadones. Los puntos de dolor de mi cuerpo iban desapareciendo, no tanto porque se curaran como por el estado de éxtasis hipnótico en que yo me iba sumiendo. Me encontraba en uno de esos momentos idílicos en que a uno no le importa que haya un tigre paseándose por la habitación.

Por si fuera poco, entró un hindú disfrazado de camarero de «Los tres lanceros bengalíes» y dejó al alcance de mi mano una exótica cena fría acompañada de vino y agua helada. Y mi mano tropezó, supremo placer definitivo, con el libro de Kennedy Toole que absorbía mi atención en aquellos momentos.

Me dejé subyugar por la lectura. Ese fantástico Ignatius J. Reilly, el protagonista, y su rebelde válvula pilórica estaban promoviendo una algarada política en la fábrica de pantalones.

—James —dijo Kobra.

En el hilo musical sonaban las notas cadenciosas de Los indios tabajaras, y la chica de piel muy blanca, vestida únicamente con un taparrabos de placas de plata, estaba moviendo las caderas con el único y evidente propósito de volverme loco. Recuerdo que pensé: «*La plata es para las chicas de piel blanca*».

Killer, el tigre, ronroneó divertido. Es sorprendente la curiosidad que despierta en los felinos todo aquello que se mueve bajo la ropa.

El animal no apartaba sus ojos de la toalla que yo tenía arrollada a la cintura. La chica tampoco.

Al día siguiente, me dediqué a hurgar en el equipaje de Kurt. Encontré un par de pasaportes falsos (uno de ellos a nombre de Amid Abul Kassar), vestimentas árabes, fotos amarillentas de alegres comandos mercenarios, un Corán, y un pasaje para Jeddah, el aeropuerto de La Meca.

—¿Sabes si Kurt era religioso? —pregunté a Kobra, que estaba mirando la tele.

—Profundamente. Era un ferviente adorador de los dólares.

—No me refiero a eso. ¿Qué hace todo este maletín de mahometano de la señorita Pepis en su equipaje?

—Supongo que sería para ir a La Meca, ¿no? La ciudad sagrada de los musulmanes, la Kaaba y todo eso. Dicen que en la ciudad no puede entrar nadie que no sea musulmán… —Yo me quedé pensativo y ella siguió mirando la tele. Preguntó—: ¡Mira quién está ahí! ¿Lo conoces?

Miré distraídamente. Dios mío. Un tipo con sombrero tejano y sonrisa bobalicona que presumía de haber subido al Aconcagua con las manos atadas a la espalda. El Aventurero Millonario. Harriford Jones.

—No. No lo conozco, ni ganas. Es un payaso —mascullé.

—Seguro que es pura envidia porque no eres capaz de hacer lo que hace él.

—Será eso —acepté. Y seguí con lo mío—: ¿Te dijo cómo había que utilizar el collar del diente de perro para obtener ese… trabajo millonario?

—Dijo que sólo tenía que ir a pasear por las calles.

Parecía fácil.

—Pues creo que me voy a dar una vuelta por La Meca.

—¡Estupendo! —exclamó Kobra, fascinada por las imágenes de la tele donde se veía a Harriford Jones peleando con un cóndor a patadas—. ¡No conozco La Meca!

Ya no me pareció tan fácil.

—Oye, Kobra… Verás… Te seré sincero… —empecé. Me miró. Las serpientes, dicen, hipnotizan a sus víctimas. Terminé—: ¿Por qué no haces el equipaje ahora…? El avión sale antes del anochecer.

Así que, antes del anochecer, conseguimos papeles que acreditaban que éramos musulmanes, nos casamos según el rito del Corán (porque a La Meca las mujeres deben ir con su marido o con algún pariente con el que no puedan casarse), nos afeitamos el pelo de las axilas y el del pubis y nos vestimos con ropa perfumada y sin costuras.

—Anda, despídete de Killer…

—¿Estás de broma? Killer se viene con nosotros…

—¿Con nosotros? ¿Y se puede saber cómo piensas llevar un tigre a La Meca?

—En jaula —respondió con toda la naturalidad del mundo.

De forma que viajamos así. Nosotros entre musulmanes que nos miraban con cierto recelo y Killer en la bodega del gran Jumbo, rodeado de caniches y gatitos crispados que gemían de terror pegados a las paredes de sus habitáculos.

Y así llegamos a La Meca, fascinante ciudad sagrada. Más de tres millones de personas con túnicas blancas que dejan el hombro derecho al descubierto, todas hacinándose en un espacio donde sólo viven fijas quinientas mil. Calles abarrotadas. Suburbios miserables para los peregrinos pobres. Grandes hoteles lujosísimos para los super-jeques del petróleo.

Nos instalamos en uno de estos últimos, donde nadie se extraña de que los jeques entren con focas en brazos o de que soliciten la piscina olímpica para solaz de su tiburoncito. El recepcionista, sin pestañear, nos preguntó si el tigre seguía alguna dieta especial. El tamaño de la habitación era proporcional a su precio. Se necesitaba brújula para andar por ella.

Desde el balcón se divisaban los siete minaretes de la Gran Mezquita Al Masjeed Alharam, en cuyo interior la muchedumbre daba siete vueltas a la negra Kaaba, según el ritual, antes de tocar con la mano el mármol de la tumba de Mahoma. Todo muy típico.

Kobra dijo que estaba muy cansada y sugirió que esperásemos la puesta de sol para salir a la calle. Yo alegué que durante la peregrinación a La Meca, una vez purificados, no podíamos hacer esas cosas y salimos a los 42 grados centígrados de la calle.

Me sorprendió ver que ella también llevaba un collar de diente de perro.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté.

—No es de perro. —Contestó—. Es uno de los dientes de leche de Killer.

Yo no sabía que los tigres tuvieran dientes de leche.

Estuvimos paseando, o sea: abriéndonos paso entre una abigarrada multitud purificada y perfumada hasta que nuestros pies dijeron «basta» y nuestros sentidos del olfato desfallecieron. Entonces nos precipitamos al hotel, alquilamos un vehículo y nos largamos a un restaurante a cincuenta kilómetros de La Meca, donde se podían tomar refrescos alcohólicos y prescindir olímpicamente de la carga de la purificación. Allí nadie tenía por qué saber que éramos musulmanes. Asumimos perfectamente el papel de turistas americanos.

El menú lo pidió Kobra, ya que mis conocimientos de árabe apenas sobrepasan la media docena de palabras gruesas para asustar contrincantes.

El camarero hizo que sí con la cabeza. Se fue a alguna parte y volvió con una botella de champán francés en un cubo de cobre lleno de cubitos.

—Vaya —le dije a Kobra—. Tienes buen gusto.

—Esto no lo he pedido yo.

El camarero nos indicó con la cabeza a un extremo del comedor. Junto a la puerta, un hombre elegante de pelo blanco nos saludó con la mano, nos dedicó una fugaz sonrisa y desapareció. Yo no había notado que nos hubieran seguido.

Colgando del cuello de la botella de champán, había un pequeño pero abultado sobre. Lo abrí.

Cinco billetes de mil dólares y una tarjeta.

Un mensaje:

> «Bien venidos a Nieve. Esto es para los primeros gastos. Mañana, 11 a.m. Club Cetrería. Lleva el collar».
>
> Una firma: «Coronel Schroeder».

CAPÍTULO IV

El Club de Cetrería se hallaba en las afueras de La Meca, en una urbanización de propietarios occidentales donde ser musulmán era precisamente la excepción.

Como en los otros clubs de lujo que yo había conocido, había piscinas, pistas de tenis, pistas para equitación, un restaurante donde se servía nouvelle cuisine de Paul Bocusse y un bar que imitaba a un *pub* inglés llamado El Halcón Milenario. La diferencia estribaba en que, de vez en cuando, por encima de los tejados elevaba el vuelo una apresurada paloma y detrás seguía un feroz halcón sediento de sangre que jugaba con ella.

Esos revoloteos por encima de la urbanización me sugirieron un futuro siniestro.

Lógicamente, no fui a las doce, como me ordenaba el mensaje del tal Schroeder.

No es que sea esencialmente desobediente, sino que suelo comprobar la temperatura del agua con el dedo gordo del pie antes de meterme en la bañera.

Después me contaron por qué pude entrar en el club sin ningún problema. Fue gracias a las ropas sin costuras, el izar y el ridá, que certificaban mi religión musulmana. Al parecer, el Club de Cetrería tenía continuos conflictos con el gobierno de Arabia Saudí, que lo tenía conceptuado como una continua profanación a su Ciudad Santa. Cuando se asomaba por allí alguien que manifestaba su religión de alguna forma, los empleados miraban a otra parte y silbaban, haciéndose los distraídos.

No querían líos.

Yo tampoco. Por eso estuve merodeando por las instalaciones del club hasta que descubrí algo que me pareció significativo.

Fue en la puerta de El Halcón Milenario. Dos tipos vestidos a la europea. Traje gris perla uno, y traje ocre el otro. Camisas oscuras de cuello abierto y brillantes mocasines de última moda. El de gris, de momento, no significaba nada para mí. Paquete de huesos y músculos, con la solidez de un búnker, no era muy alto y lucía como enseña dos halcones vivos posados uno en cada hombro. Mi intuición le adjudicó un pasado turbio.

Al de ocre sí lo conocía.

El de ocre se llamaba Conrado Testa, natural de Nueva York, hijo y nieto de mañosos sicilianos, alias Míster Héroe porque era el padre de toda la heroína que entraba en Estados Unidos por la costa Oeste.

Lo conocí años atrás, en San Francisco, y tuve unas palabras con un guardaespaldas todo-terreno al que quería mucho, un tal Arthur O. Collins, alias Apollo, una especie de Hombre-de-Hierro indestructible. La última vez que nos vimos, él se caía desde lo alto del Golden Gate, ese puente tan grande y tan famoso, a las heladas y embravecidas aguas del océano Pacífico. Y yo lo había empujado. Siempre pensé que Míster Héroe no me habría perdonado que le privara de un colaborador tan valioso.

Allí estaban los dos, charlando, estrechándose las manos, Míster Héroe y el hombre de los halcones en los hombros. Ante ellos, se detuvo un «Rolls-Royce» de cristales opacos. El chófer abrió la puerta para que entrara el italiano de la heroína.

Salí del club tan deprisa como pude. Salté al interior del «Alpine» descapotable que habíamos alquilado poco antes. Esperé sólo unos minutos antes de que saliera el «Rolls-Royce».

Lo seguí. Doce kilómetros hasta la aglomeración humana de La Meca. Nos sumergimos en el mar de ropas blancas y perfumadas en dirección al hotel donde estábamos instalados Kobra y yo.

¿Casualidad?

Aparqué el coche donde pude, unas cuantas calles antes, y me confundí con el hormiguero musulmán para llegar a tiempo de ver a Míster Héroe metiéndose en el hotel.

Estaba apoyado en una columna, semioculto por ella, planteándome si acudir yo también al hotel o no; cuando una pesada mano cayó sobre mi hombro y me obligó a girar sobre mí mismo.

Me encontré frente a uno de los rostros más horrorosos que había visto en mi vida. La última vez que lo vi estaba cayéndose desde lo más alto del Golden Gate. Y yo lo había empujado.

Era Apollo. También conocido como Arthur O. Collins.

Iba vestido de mahometano. Como yo.

En La Meca no existen las riñas. Todos son hermanos. Se saludan por la calle y todo el mundo vive únicamente para satisfacer las necesidades del prójimo.

Apollo sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Ohio Jim… —Tenía muy mala memoria para los nombres.

—Indiana James —le recordé.

Era él, sin ninguna duda. El hombre que cayó del Golden Gate y aún estaba vivo para complicar mi vida. Con aquellos ojos que marchitaban las flores con un parpadeo, aquella nariz que parecía un picaporte art nouveau, aquella mandíbula como proa de misil atómico, hombros entre los cuales cabía un container, y manos parecidas a Panzers de la II Guerra Mundial. Sobre todo cuando se cerraban y se convertían en puños.

Precisamente en aquel momento su mano derecha se convertía en puño en torno a mí hombro.

—No sabes cuánto me alegro de verte —tartamudeó, embargado por la emoción.

—No —reconocí yo—. No lo sé.

Y, amablemente, porque todos somos hermanos, le clavé la espinilla entre las piernas. Palideció. Y amigablemente, porque estábamos purificados, procedí a comprobar si llevaba peluquín, si sus orejas eran postizas y si su nariz era más ancha que mi puño.

Le arranqué unos pocos pelos, pero no llevaba peluquín. Sus orejas debían de ser postizas porque uno las podía moldear como si fueran de barro. Y su nariz, al ser aplastada por mi puño, se le convertía en un bulto en la nuca.

El cayó, yo le pisé el estómago y salí corriendo. ¡Diablos, no me convenía que Míster Héroe y sus mariachis me encontraran deambulando por el barrio!

Tropecé con la muchedumbre y nadé a través de ella, como en un mar, a codazos. Al principio, creyeron que simplemente tenía prisa y, llevados por su fervor religioso, les oí decir: «Lo siento», o «Usted primero, faltaría más», o «Después de usted caballero»,

mientras yo les hundía las costillas en un avance frenético. Luego, descubrieron que había una cierta violencia en mi embestida y empezaron a quejarse.

Pero, para entonces, yo ya había descubierto que el camino que yo abría permitía que Apollo corriera más, y me decidí a saltar por encima de las cabezas sarracenas como quien hace los tropecientos metros vallas.

Entonces, los chicos del Corán se enfurecieron y comenzó el apocalipsis.

Nunca imaginé ver tanta violencia en una ciudad donde están rigurosamente prohibidas las malas caras.

Yo alborotaba el gallinero y, para cuando le tocaba pasar a Apollo (dios pagano), los islámicos desahogaban en él su furia.

A pesar de lo cual, el hombre que marchitaba flores con los ojos seguía echándome el aliento en la nuca y arañándome la espalda en sus ansias de echarme el guante.

En ese momento, apareció un autobús que naufragaba entre el gentío. Con letras árabes anunciaba su trayecto: «De nosé dónde a cualquier parte», no entendí ni una palabra, pero me dio igual. Trepé al aparato apuntalándome en una cadera, un hombro y una cabeza de fieles coránicos. Así fue como llegué al techo donde viajaban dos maletas, una gallina, una cabra y diecisiete sujetos que no habían encontrado asiento en el interior del vehículo.

El guardia de tráfico que abría paso al autobús no fue lo suficientemente rápido. Antes de que nos consiguiera salir a una amplia avenida, Apollo ya había conseguido romper una ventanilla del vehículo para aferrarse al marco y así izarse deportivamente hasta el techo.

Yo traté de camuflarme entre los diecisiete viajeros que miraban al infinito, recitando plegarias mentalmente. La táctica de Apollo fue muy otra. Consistió en tirar uno por uno a los diecisiete viajeros, hasta dar conmigo, el disidente.

En una ciudad donde es obligatorio ser educadísimo, todos sonrieron al ver a todos aquellos señores revoloteando por encima de sus cabezas. Supusieron que era alguna distracción inocente que no interfería en sus creencias y sonrieron tan indulgentemente como supieron cuando les cayó encima, con todo su peso, alguno de los pasajeros sobrantes, o la gallina, o la cabra, o alguna de las dos

maletas.

Una vez solos, Apollo y yo nos liamos a bofetadas sobre el techo de un autobús que salía de La Meca y aceleraba impetuoso, una vez liberado de obstáculos humanos.

Pegué, crac, pegó, bum, pegué, cuac, pegó, troc, pegué…

Y pegó. ¡Flass!

Volé, me golpeé de espalda contra algo, pensé que me caía de un autobús y cerré la mano al azar, a ver si encontraba algo. Encontré una barra de aluminio del portaequipajes. Apollo empezó a darme puntapiés sistemáticos a los nudillos.

Yo había quedado enfrentado a una ventana a través de la cual podía verse cerca de trescientas personas en un espacio que difícilmente podía dar cabida a treinta. Todas ellas me miraban y sonreían como diciendo: «Si podemos hacer algo por usted…».

Decidí aceptar su muda invitación y salté al interior del autobús, en busca de calor humano.

Me hice delgado como el papel de fumar para filtrarme a través de las masas hasta el conductor (que, al parecer, era sordo, mudo y ciego).

Yo andaba por la mitad del autobús, más o menos, cuando Apollo entró por la ventanilla.

Su irrupción fue algo más brusca que la mía.

De nuevo yo trataba de pasar desapercibido (aprisionados mis brazos por la concurrencia), cuando él se aproximó a mí moviendo los brazos como aspas de ventilador.

Nunca nadie tuvo tanto interés en fundirse o en convertirse en algo inmaterial como los ocupantes del autobús que se pegaban unos a otros para que nosotros pudiéramos pegamos con toda libertad. Sabe el Cielo que yo no tenía nada contra ellos.

Apollo lanzó un izquierdazo, me aparté y sufrieron las consecuencias de ello dos pobres musulmanes, que se quedaron llorando amargamente. Lanzó luego un derechazo, yo me agaché y dejé que disfrutaran de él otros viajeros del lado de «No Fumadores». Y así un rato largo. Hasta que reaccioné.

Estaba cansado de que el gigante me hiciera aire con sus pases mágicos que aturdían a los espectadores. Aquel sistema de ventilación no me convencía. Siempre he sido partidario del aire acondicionado. Así que rescaté mi brazo derecho, que había

permanecido aprisionado y que surgió de entre el gentío con un flop como de cuerpo arrancado a las arenas movedizas.

Pegué a unos cuantos musulmanes porque Apollo fue más rápido que mi puño derecho, y a otros tantos porque se adelantó al puño izquierdo.

Por fin, pudimos golpeamos a gusto, el uno al otro, con trescientos mahometanos apiñados y agachados, encogidas sus cabezas a la altura de nuestras rodillas.

Intercambiamos puñetazos de ésos que ahorran trabajo a lo médicos de Urgencias y desbordan la capacidad de cualquier Forense.

A todo esto, el conductor, de vez en cuando nos miraba a través del retrovisor sonriente, travieso y desdentado, pisaba a fondo el acelerador y animaba la fiesta tomando curvas cerradas a velocidades impropias.

Retrocedí y avanzó hacia mí entre la gente como un ciclón abriéndose paso en un museo de esculturas de cristal.

Pasé al ataque utilizando mi selecta gama de trucos para situaciones apuradas donde no faltan los cabezazos, ni los mordiscos ni los pellizcos. Apollo replicó convirtiéndose en una apisonadora. Los cuerpos de nuestros compañeros de trayecto fueron aplastados más allá del suelo, saltaron hasta más allá del techo, fueron aplastados contra los cristales como las mariposas de mi época escolar…

Así llegamos a la altura del conductor, que se reía enloquecido, moviendo el volante al ritmo de un *rock* que sonaba en la radio.

—¡Pare este cacharro, maldita sea! —aullé.

Eso le provocó más risa todavía. Apollo se me vino encima, me agarró del cuello y me empujó con tanta fuerza contra las puertas que éstas salieron volando, arrastrando consigo parte del sistema hidráulico de cierre. Yo me quedé colgado sobre un abismo mientras Apollo apretaba los dedos en torno a mí tráquea y las puertas del autobús revoloteaban por un precipicio de irnos cien metros.

Oí, a la vez, las carcajadas del conductor loco, el *rock* de la radio y el crujido de mis huesos.

Decidí que había que hacer algo.

Me agarré fuerte a una barra que quedaba a mí alcance y grité,

gorgoteando:

—¡Este animal es cristiano!

El conductor sordo, mudo, ciego y loco pisó el freno hasta el fondo.

Apollo estaba demasiado inclinado hacia mí, confiaba demasiado en su buena suerte y estaba muy concentrado en matarme. Por eso, salió volando por encima de mí, planeando como una cometa, mientras yo me quedaba colgado de la carrocería, arrastrando los pies por la carretera polvorienta y diciendo «adiós» con mi mano libre.

«Aaaaaaaaaaaah», dijo él.

Lo mismo había dicho al caer del Golden Gate. En aquel momento, temí que tuviera por costumbre morirse así.

El conductor se reía.

Consulté mi reloj. Sólo tenía media hora para ponerme ropa entera y acudir a la cita en el Club de Cetrería.

—¡Deje de reírse y lléveme a La Meca de nuevo! —grité, desesperado.

Y lo curioso del caso es que obedeció.

CAPÍTULO V

En el Club de Cetrería, salió a recibimos el hombre elegante y de pelo blanco que nos había enviado la botella de champán a la mesa la noche anterior. Deslumbrado por nuestros dientes de perro, nos estrechó la mano atentamente.

—¿Coronel Schroeder? —pregunté.

—Ahora les recibirá —dijo él. Y yo imaginé que eso significaba que no era Schroeder.

—La señorita se llama Kobra —dije yo.

Eso pareció sorprenderle.

—¿Usted también es soldado de fortuna? —dijo, muy meloso—. Nunca hubiera dicho que ésa era profesión para damas…

—Para damas, quizá no. Pero sí para damas acompañadas de tigres.

Killer era muy obediente. Esperó la frase introductoria para presentarse en escena. El hombre de pelo blanco perdió su elegancia y su compostura. Dio un gritito y un brinco y retrocedió a parapetarse tras un tiesto ornamental al tiempo que gritaba:

—¡Pasen, pasen! ¡El coronel les está esperando!

Así entramos en el patio central del más lujoso de los edificios del Club de Cetrería.

Unas ciento cincuenta personas se apiñaban allí dentro con bebidas alcohólicas en la mano. Me sentí como en una convención de asesinos: todos miraban igual. Seguramente todos ellos se convertían en lobos cuando no había luna llena. A alguno lo recordé de cuando el Khémer Rojo entró en Phnom Penh.

—Mercenarios —le susurré a Kobra.

—Claro —me susurró ella a mí—. ¿Qué esperabas? ¿Seminaristas?

La presencia de Killer nos abrió paso y atrajo la atención de todo el mundo. Callaron las conversaciones. Al fondo del patio, el hombre de los halcones en los hombros se fijó en nosotros. No es de extrañar: conmigo venían la única mujer y el único tigre que había en el patio.

—¿Coronel Schroeder? —Tendí mi mano. Me la estrechó. Añadí—: Soy Indiana James. Ella es Kobra y él es Killer. Quizá haya oído hablar de ellos. Kobra y Killer.

—¿Indiana… James…? —dijo el coronel, muy lentamente—. ¿Kobra? ¿Killer?

Sus ojos decían que no se fiaba. Que no trabajaba con gente que no fuera de su confianza. Concretamente, decían que mataba a quien no era de fiar.

—Kurt nos dio los collares. Dijo que viniéramos aquí.

—¿Kurt? —Aquello empezaba a ser un examen.

—Kurt Olsson.

Lo conocía.

—¿Dónde? —soltó.

—En Bombay —dije, sin pestañear—. El estaba en un hospital. Quemaduras de tercer grado. Un accidente en el petrolero donde trabajaba.

—¿Kurt era tu amigo? —preguntó Schroeder. Asentí. Se dirigió a Kobra—: ¿Y a ti también te dio un collar? El solo tenía uno. ¿De dónde sacó el otro?

—Kurt era muy listo —respondió Kobra, insolente—. Sabía reconocer un perro cuando lo veía, y seguramente sabía que los perros suelen guardar sus dientes en la boca.

Schroeder frunció el ceño y los halcones que tenía sobre los hombros aletearon un poco, alborotados.

—Vámonos de aquí, Kobra —dije—. Parece que en este club no nos quieren…

—¡Esperad! —exclamó Schroeder, sonriendo como si nos hubiera gastado una broma—. Sé perfectamente que el petrolero Ballena Negra donde viajaba Kurt se incendió. Y sé perfectamente que en Bombay iba a visitar a la hermana de un gran chico que fue Mike Palmer. Una chica que poseía un tigre…

Yo estaba esperando que acabara. Me intrigaba saber hasta qué punto el coronel controlaba la situación.

—… ¿Tú eres la hermana de Mike Palmer? —terminó él.

—Sí.

—¿Y respondes por este tipo?

Estuve a punto de quedarme boquiabierto. ¡Kobra respondiendo por mí, cuando yo era el jefe de la expedición! ¡Lo que me faltaba por oír!

—Bueno… —dudó ella—. Sí.

El coronel se dirigió a ella y se agachó para besarle la mano. Kobra estuvo a punto de estallar en carcajadas y Killer le echó un zarpazo al tipo de los halcones, que dio un salto atrás y sonrió tratando de dar a entender que la situación le parecía divertida.

—¡Está bien! —gritó, batiendo palmas. Se hizo el silencio en el patio. Todos aquellos brutos lo miraron—. Creo que ya hemos esperado bastante. El que no esté aquí es porque no ha podido venir…

Marcó una pausa. Sus ojos escrutaron a cada uno de los asistentes. Me convenció de que realmente nos tenía controlados a todos, de que una filtración como la mía, debida a la casualidad, era una remota excepción imprevisible. Habló:

—Casi todos vosotros me conocéis. Sólo unos pocos han venido recomendados por viejos amigos que no han podido acudir a mí llamada. A los recién venidos les informaré de que me llamo Heinrich Schroeder y tengo el grado de coronel en el ejército alemán, el de mayor en las Fuerzas Auxiliares de siete Estados de Norteamérica, capitán en la Legión Extranjera y teniente en los Ejércitos Internacionales de Apoyatura Paralela…

—O sea, mercenario —deduje yo.

—… Y tengo diez millones de dólares para repartir entre los que sobrevivan a la Operación Nieve —siguió él—. Dentro de dieciocho horas, es decir: a las cinco en punto de la madrugada, empezaremos a pegar tiros en una capital de la zona africana del Mediterráneo para apoyar un golpe de Estado. Estamos derrocando a un gobierno tiránico, autoritario y abusivo y pondremos en su lugar a otro más justo, más humanitario y… y… —No tenía palabras. Recurrió a generalidades—: Y mejor, en definitiva. No os diré de qué país se trata porque no os incumbe. Así lucharéis con neutralidad y ecuanimidad, sin dejaros influir por partidismos politiqueros. Vuestra obligación consistirá simplemente en disparar contra

cualquier persona que no lleve vuestro uniforme y que se os ponga por delante…

Mientras se hacía un dramático silencio, pensé que las mujeres y niños no suelen llevar uniforme y lo odié.

—… Cuando nos acerquemos a la ciudad, un grupo de «personajes influyentes» declararán la independencia. Entonces, nosotros constituiremos el Ejército Oficial de la Nueva Nación. Lo que significa que, además del sueldo asignado, tendréis derecho a obtener «ingresos adicionales» que los disidentes terroristas que se opongan al nuevo régimen dejen tirados por ahí…

Miré en torno. La voz de Schroeder iba hipnotizando a la concurrencia. Como Hitler en sus discursos, el coronel conseguía que todos asintieran con la cabeza al unísono, o que sonrieran cuando él quería, o que negaran enfáticamente si sus palabras así lo exigían.

—… Ya sabéis a qué me refiero: los terroristas, al intentar huir, suelen dejarse olvidado dinero, objetos de arte o mujeres desvalidas… —Sonrió. Kobra y yo nos miramos y Killer gruñó—. Eso es todo. Partiremos dentro de dos horas. Mañana, a las cinco, se producirá el golpe de Estado. A partir de ahora, permaneceréis aquí concentrados. Queda completamente prohibido el consumo de bebidas alcohólicas. ¿Alguna pregunta?

Yo tenía tantas cosas que preguntar que no merecía la pena pedir la palabra.

Un negro vestido de rojo, al fondo, levantó el brazo y se puso a hablar.

—Yo soy de un país africano del Norte… —empezó a decir.

—Muérete —pronunció el coronel Schroeder en voz baja.

Automáticamente, los dos halcones salieron despedidos, como balas, con un aletear enloquecido y frenético. Quienes ya conocían al coronel, se agacharon. Los otros no tuvieron tiempo. El negro norteafricano recibió zarpas y picotazos en el rostro antes de poder sacar algún arma que escondía entre su ropa roja.

Aulló, chilló de forma aguda, gimió mientras caía y se retorcía por el suelo. Pataleó. Trataba inútilmente de arrancarse de sus ojos aquellos cuchillos afilados que se ensañaban con él. Salpicó sangre alrededor.

—¿Más preguntas? —dijo el coronel.

Odié aún más haberme metido en aquella situación. Odié al coronel y a todos aquellos «soldados de fortuna», bandoleros militarizados, que le miraban como quien mira a Dios.

—Nunca se le pregunta nada al coronel —dijo alguien a mí espalda, con reverente admiración—. Siempre termina los discursos de la misma manera, pero no quiere que nadie pregunte nada. Dice que un mercenario cobra por actuar, no por ser curioso…

El negro de ropas rojas braceaba y pataleaba ya lentamente, en una larguísima agonía, mientras los halcones lo devoraban con avidez. Por fin, murió.

—Bien —dijo Schroeder—. Entonces, pasad por la sala de al lado. Os darán uniformes y armas. Poneros a las órdenes de los oficiales de Franja Amarilla, formad y esperad.

Como los demás, con Kobra y con Killer, apuramos los últimos tragos y nos dirigimos a la sala que delimitaba el patio del club. Yo temblaba de ira por verme mezclado en una infamia como aquélla, pero no sabía cómo salir.

¿Dónde pensarían dar el golpe de Estado? ¿En Libia, Argelia, Túnez? ¿Patrocinados por quién? ¿Qué interés tenían en cambiar de bandera?

Me asqueaba verme mezclado con aquellas hienas.

Y Kobra también parecía cabizbaja y avergonzada. Se me ocurrió que no debía de sentir ninguna simpatía por su hermano Mike, dondequiera que estuviera.

Nos dieron un uniforme verde oscuro, correajes con municiones, un casco de corte norteamericano y un fusil de asalto FN, de fabricación belga.

A Kobra le iba grande el uniforme y eso provocó no pocas bromas bienintencionadas por parte de los salvajes que nos rodeaban. Todos éramos como una gran familia. Todo era educación y bienestar. «Por favor, tú primero», decían. Y te daban golpecitos en el hombro. Alguno hizo bromas acerca del tigre. «¿Ya tendrán botas de su número?». El tigre gruñó y eso bastó para que le dejaran en paz.

Yo conservé puestas mis botas y, sobre el uniforme, mi chaleco de cremalleras. Y no conseguí verle la gracia a nada de todo aquello. Me fastidiaba aquel compañerismo. Yo hubiera dicho que era complicidad. Porque aquéllos no eran compañeros: eran

cómplices.

Unos cuantos oficiales con distintivos amarillos empezaron a gritar órdenes y nos hicieron formar.

Obedecimos. No nos quedaba más remedio. Mi imaginación trabajaba a toda máquina para descubrir alguna forma de salir de aquel atolladero.

Nos hicieron montar en tres autobuses, mucho más modernos que aquél del que se había caído Apollo. Y nos llevaron en dirección contraria a Jeddah. Nos perdimos por un laberinto de carreteras polvorientas…

… Y llegamos a un pequeño aeropuerto de campaña, con una pista justo lo bastante grande como para que pudiera despegar un viejo avión Britannia N44/T que parecía sacado de un chatarrero. Era de aquellos de hélices que se pusieron a volar en 1960 y cualquiera diría que este aparato no había parado de volar todavía. Alguien había tratado de borrar, de forma chapucera e ineficaz, el distintivo de la compañía aérea Loftleidir.

Kobra me tomó de la mano, como buscando protección. Como si lo primero que la asustara en toda la aventura fuera la perspectiva de viajar en aquel armatoste oxidado.

La miré para darle ánimos. La admiré. Fantástica, con el cabello dorado asomando por debajo del casco de combate, y aquel uniforme de comando que le iba demasiado grande, y el enorme fusil de asalto al hombro. Le dediqué un guiño a ella y otro a Killer, el tigre que daba puñetazos. El animal me saludó frunciendo el bigote.

Los tipos de la Franja Amarilla gritaban como energúmenos:

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Agrupaos! ¡En grupos de veinticinco, vamos! ¿Cómo hay que decirlo? ¿Sois tontos o qué? ¡En fila de a dos! ¡Alinearos! ¡Firmes! ¡Vamos, vamos, vamos!

Obedecíamos torpemente, aturdidos por los gritos y por el calor de aquel mediodía en el desierto.

Cuando conseguimos, mal que bien, formar de una manera un poco ordenada, apareció el coronel Schroeder, con un uniforme semejante al nuestro al que había añadido los distintivos de todas las diferentes graduaciones que tenía en diversos ejércitos de todo el mundo. Usaba gorra y sobre sus hombros lucía a los dos halcones asesinos.

—Arriba —dijo.

Los del distintivo amarillo hicieron subir a la gente al avión, en orden. Nos poníamos en movimiento cuando los ojos de acero del coronel se posaron en nosotros y se acercó lentamente, como por casualidad. Pero no apartaba sus ojos del tigre.

De pronto sonrió.

Yo supe que iba a ocurrir algo muy terrible precisamente en el momento en que ya estaba ocurriendo.

Sacó su pistola. Un gran «Colt» 45.

Yo dije:

—¡Cuida…!

El estampido ocultó mi voz. Killer, el tigre, se convulsionó y cayó pesadamente, muerto en el acto. Al mismo tiempo, Kobra chilló una horrible imprecación y empezó a descolgarse el fusil de asalto. Yo la sujeté con fuerza. Ella siguió chillando, llorando y debatiéndose entre mis brazos, convertida en una especie de sierra mecánica decidida a partir por la mitad a Schroeder.

Todo el mundo se había detenido a nuestro alrededor. La tropa estaba bien entrenada: nadie movió ni un músculo. Pero yo sabía que, si tocábamos un pelo a Schroeder, el pedazo más grande que quedaría de nosotros no cabría en una tacita de café.

Kobra no estaba bien entrenada. ¡Por el amor de Dios, tuve que luchar más con ella que con Kurt y Apollo juntos!

Hasta que se venció, aflojó los músculos, se abrazó a mí y soltó el llanto.

Por encima de su hombro, miré a Schroeder. El me miraba a mí y me pareció que su boca sin labios estaba a punto de sonreír.

—Nunca admito a mí lado a enemigos o amigos más fuertes que yo —dijo, como una sentencia.

Dio media vuelta y se alejó hacia la proa del avión, donde estaba la puerta de acceso de la tripulación.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó uno de los «Amarillos», el barbas que comandaba nuestro grupo—. ¿Qué esperáis? ¡Al avión!

El interior del avión estaba tan destartalado como su carrocería. Faltaban algunos asientos y, los que quedaban, tenían la tapicería destrozada y mostraban sus tripas de esponja podrida. Como si una tribu de vándalos hubiera estado viviendo en él, le faltaban todo tipo de embellecedores y elementos superfluos.

Muchos de los mercenarios tuvieron que sentarse en el suelo. Era evidente que aquel trasto iba sobrecargado. Se necesitaría un piloto fuera de serie para llegar en aquel cuatrimotor a alguna parte.

Hacinados, comprimidos entre los hombres que olían a sudor y a tabaco y a alcohol y a Dios sabe cuántas cosas más; Kobra y yo nos abrazamos estrechamente.

—Tendrías que haberme dejado que lo matase —me susurró la chica con rabia—. Tendrías que haberme dejado…

Me mordí los labios y suspiré.

Alguien cerró la puerta trasera, la del pasaje.

—Tiempo tendremos para matarle, Kobra… —dije yo.

Los cuatro motores empezaron a rugir haciendo vibrar el aparato.

—No habrá mucho tiempo —dijo la rubia de piel blanquísima—. Ya no le queda mucho tiempo, James. Te lo digo yo.

Instantes después, corríamos por la corta pista de campaña. Había que ser un campeón de la aviación para hacer que aquella chatarra sobrecargada se elevara en tan poco espacio.

Se elevó.

Un campeón de la aviación nos conducía a la matanza de muchas personas inocentes.

CAPÍTULO VI

Fueron siete horas de vuelo.

De Este a Oeste, hicimos una carrera con el sol. Ganó él y, poco a poco, se hizo la noche a nuestro alrededor.

Siete horas de rigor espartano. Mal comidos, mal bebidos, sumergidos todos en el sudor hediondo de ciento cincuenta animales feroces vestidos de uniforme. Empezaron a circular clandestinamente botellas de *whisky* y cigarrillos de marihuana. Me consta que más de uno de los Franjas Amarillas se percató del tráfico e hizo la vista gorda. Alguno se sumó a la orgía.

Yo, al principio, traté de dar conversación a Kobra. Fue inútil.

Pobre Kobra. Desde la muerte de Killer, se hallaba sumida en un estado de apatía total. En un momento dado, rehusó mi abrazo. Cuando le dije algo, se limitó a fijar en mí sus ojos vacíos y no añadió nada a la conversación.

Sus ojos me dijeron, simplemente: «Mataré a Schroeder».

Por eso, empecé a pensar desesperadamente en una táctica que me permitiera facilitarle la tarea.

Ciento cincuenta energúmenos eran demasiados energúmenos armados para mí. Cualquier cosa que intentara contra ellos sería un suicidio. Eso significaba que sólo me quedaban dos opciones: o participaba en la matanza o me suicidaba.

Nunca he aceptado las declaraciones de los oficiales nazis de la II Guerra Mundial. «Obedecía órdenes» nunca fue excusa para mí. El hombre que los tiene bien puestos no obedece órdenes que no quiera cumplir.

Miré a mí alrededor a los salvajes que habían empezado a cantar canciones obscenas. Me pregunté cuántos de allí los tendrían bien puestos. No supe localizar a ninguno. Me sentí más solo que nunca.

Acaricié mi «FN» confiando en que no me fallara.

Aterrizamos pesadamente en otro aeropuerto de campaña improvisado, cuya pista estaba señalizada con bengalas. Cuando el Britannia tomó tierra pareció que hubiéramos chocado con algo. Hasta los matones borrachos que me rodeaban callaron angustiados, esperando la explosión que los despedazara.

No ocurrió nada de eso. El piloto, sin duda, era un as.

Nos ordenaron que nos pusiéramos en pie, nos ordenaron que saliéramos en fila. Salimos.

Desde lo alto de la escalerilla me pareció enfrentarme a una nocturna parada militar. Distinguí *jeeps* y orugas armados con ametralladoras pesadas, camiones de transporte y algunas tanquetas ligeras. Al menos, no se veían misiles de cabeza nuclear.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Arriba, que es tarde! —aullaban los Franjas Amarillas—. ¡Vamos, que nos esperan!

A Kobra y a mí nos tocó ocupar un camión oruga. Sin un plan premeditado, sólo por calibrar todas las posibilidades, le pregunté a la chica en un rápido susurro:

—¿Sabes usar una de éstas? —Me refería a la ametralladora pesada.

—Sí —respondió.

Tomé nota de ello.

El camión-oruga se puso en marcha. Éramos un eslabón de una larga cadena de vehículos que empezó a surcar las arenas del desierto.

Nadie cantaba ya. Todos dormían la mona.

Dicen que los nervios y el miedo hacen sudar. Un camión-oruga, blindado y sin ventilación, es como un homo asfixiante incluso en la atmósfera helada del desierto por la noche. Ni Kobra ni yo pudimos dormir. Era como estar metidos en una cámara de gas. Te faltaba la respiración. Te parecía estar muriendo poco a poco. Y había quien dormía.

De las seis personas que formábamos la tripulación de aquel camión-oruga, dos iban delante, en la cabina. Uno era el conductor y el otro, el Franja Amarilla de las barbas. Yo ya había tomado buena nota de que los Franjas Amarillas, como jefes, llevaban bombas de mano y una pistola «Colt», como la de Schroeder. En la trasera blindada, dos mastodontes que roncaban estruendosamente,

y Kobra y yo nos cogíamos de la mano.

Se iba acercando el momento de la acción.

Nos detuvimos de pronto. Fuera se volvieron a oír las órdenes secas, ladradas con insultante energía.

«¡Vamos, vamos, vamos!».

Una mano golpeó violentamente la chapa del energía:

¡Tang-tang-tang! «¡Vamos, vamos, vamos!».

El cielo empezaba a clarear por encima de las dunas. Me pareció percibir la vaharada húmeda y salobre que indicaba la proximidad del mar.

Salimos a un pequeño campamento, especie de Estado Mayor improvisado, donde unos cuantos soldados negros, de uniforme distinto al nuestro, estaban preparando un reconfortante café. Adiviné que los jefes (Schroeder y otros), en los *jeeps*, se habían adelantado a la caravana y allí se habían reunido con sus contactos en la ciudad para perfilar los últimos detalles del ataque.

Sin soltar a la idiotizada Kobra de la mano, me aproximé al Franja Amarilla de las barbas, que estaba sirviéndose café de la perola. Distraídamente, como si yo sólo quisiera café, me mantuve pegado a él.

—¿Falta mucho para entrar en acción?

Miró el reloj.

—A las cinco. La ciudad está detrás de esas dunas —señaló al Norte.

—No parece que seamos suficientes para tomar una ciudad —murmuré, como quien comenta algo acerca del tiempo.

—Bah —dijo—. A esta gente les gusta cambiar de gobierno con frecuencia. Se trata de metemos ahí, pegar unos pocos tiros y mañana el gobierno será otro…

«Pegar unos pocos tiros», repetí mentalmente. Sí: era cierto. Poca cosa podíamos hacer nosotros, en realidad. Sólo «pegar unos pocos tiros». Si el ejército del país estaba en contra del golpe, nos aplastaría en menos de un día, como quien mata una mosca. Y, si estaba a favor del golpe, de poca ayuda podían servirle ciento cincuenta mamarrachos con un material de guerra ridículo. Una sospecha empezó a tomar cuerpo en mi mente…

… La sospecha de que estábamos siendo utilizados precisamente para lo que había dicho el barbas: «Pegar unos pocos tiros»,

organizar un buen jaleo que no era preciso que durara más de un día.

«Una maniobra de distracción», me dije, de repente.

Y estaba a punto de seguir sacando suculentas conclusiones cuando observé movimiento en la tienda donde habían estado charlando los jefes y me volví hacia allí. Ya salían. Los Franjas Amarillas empezaron a ladrar órdenes nuevamente:

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡A formar, que nos vamos al baile! ¡Vamos, vamos, vamos!

Salió Schroeder.

Y tras él, vestido con impecable traje de alpaca gris, la terrible pesadilla de Apollo.

El hombre al que tiré del Golden Gate. El hombre al que había arrojado por el precipicio. Las dos veces le había oído gritar el «aaaah» que tradicionalmente precede a la muerte de un villano. ¡Por el amor de Dios!, ¿es que aquel bicharraco era indestructible?

Me miró. Me vio. No podía creer a sus ojos. Le vi abrir la boca, a punto de gritar alguna vulgaridad.

Entonces, dispare mi «FN» al aire y lo descargué sobre la nuca del Franja Amarilla que me daba la espalda. Caímos juntos, creo que grité «¡cuidado!», o algo por el estilo, y así fue como logré crear el caos.

Los hombres que no estaban medio dormidos, estaban nerviosos, crispados, asustados. El tableteo de mi fusil de asalto tuvo la virtud de sobresaltarlos a todos, poniéndoles al borde de la epilepsia, o del infarto. Todos sabían que el combate estaba próximo y, perfectamente entrenados, sabían que estaban expuestos a un ataque por sorpresa.

Por eso, se tiraron al suelo.

Apollo, arrebatado por la ira, atento solamente a mí presencia (que debía de parecerle odiosa), echó mano al interior de su chaqueta de alpaca, la sacó armada de una «Luger» y disparó.

Por eso, porque alguien aparte de mí siguió disparando, se organizó el zafarrancho de combate.

Las dos balas pegaron cerca de mí, que estaba arrebatándole las granadas de mano al Franja Amarilla. Alguien, a mí espalda, creyéndose amenazado, disparó su «FN» y convirtió en jirones la tienda de los jefes mientras Apollo buscaba parapeto,

precipitadamente, tras los *jeeps*.

Los hombres que había al otro lado de la tienda de los jefes, al creer que disparaban contra ellos, respondieron ferozmente. Así se formaron dos bandos que frenéticamente tiraban al azar.

—¡Kobra! —grité.

Retrocedimos, agazapados, hasta el camión-oruga. Fui consciente de que alguien se fijaba en nosotros, que decía: «¡Mirad a ésos!», o algo por el estilo. Pero enseguida estuvimos dentro del vehículo. Le di las granadas a Kobra, nos miramos a los ojos, nos dedicamos un guiño y una sonrisa y dije, imitando a los Franjas Amarillas:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Entonces, Kobra se incorporó, asomando por la torreta de lo alto, donde estaba la ametralladora pesada y vació el cargador de su «FN», a ráfaga.

Los mercenarios empezaban a disminuir el fuego. Se oían voces de «¿pero qué pasa?», «¿a quién disparáis?», cuando se les vino encima la lluvia de plomo. Una tempestad frenética que hizo saltar a más de uno y que clavó en las arenas del desierto a dos o tres para siempre.

Yo puse el camión en marcha. Me lancé como una fiera hacia los restos de la tienda del Estado Mayor, donde estaban los *jeeps*, los oficiales, las tanquetas, Schroeder y Apollo.

—¡Las granadas, Kobra! —aullé.

—No era preciso. Lanzó una sobre los *jeeps* ¡¡Kaboom!! Lanzó otra contra las tanquetas. ¡¡Kaboom!! Yo di una brusca curva y enfilé hacia el norte, hacia la ciudad.

Kobra se había agarrado a la ametralladora pesada y estaba disparando con frenesí demencial contra el grupo desperdigado que dejábamos rápidamente atrás.

—¡Ahorra municiones! —grité.

Oí una ensordecedora explosión. Vi la luz cegadora del combustible incendiado a través del retrovisor. Algún vehículo alcanzado en el depósito de gasolina se había convertido en bomba improvisada y había transmitido su poder mortal a otros tantos vehículos que iban explotando en cadena.

Por un momento, me sentí a salvo y traté de reemprender los razonamientos que podían darme la solución al enigma de aquella

misteriosa Operación Nieve. Busqué como punto de partida mi última conclusión: «Maniobra de distracción»…

… Pero no pude seguir. Kobra estaba disparando nuevamente.

—¡Ahorra municiones! —repetí.

—¡Nos persiguen! —explicó ella. Y siguió tirando.

A nuestro alrededor comenzaron a silbar las balas de una ametralladora pesada. Inesperadamente, a mí derecha explotó el proyectil de una tanqueta. ¡¡Booam!!

—¡Diablos!

Aceleré. Rebasamos por fin las dunas que nos ocultaban la ciudad. En realidad, se trataba de una loma a partir de la cual la arena del desierto se convertía en roca roja. Aparecían los primeros brotes de vegetación y fertilidad que justificaban a una pequeña población que yo no conocía. Al fondo, se veía el mar Mediterráneo.

Enfilé a tumba abierta la carretera que descendía entre rocas, a base de curvas y contracurvas. Por un momento, Kobra perdió de vista a nuestros perseguidores. Apuntó al horizonte, a lo alto del cerro. En cuanto asomaron un *jeep* y una tanqueta, disparó de nuevo la ametralladora pesada.

—¡Ahí va Schroeder! —aulló, al mismo tiempo.

No sé qué ocurrió a mí espalda. Bastante trabajo tenía con conducir a toda velocidad aquel armatoste con cadenas por una carretera polvorienta. Ni siquiera sabía qué me proponía al dirigirme a la ciudad. Ni siquiera era capaz de seguir enhebrando mis deducciones. Escuché dos nuevas explosiones:

—¡Maldita sea! ¡Se ha escapado! —gritó Kobra.

Repartió generosamente las balas de la cinta esperando siempre a que asomaran de las curvas que nosotros dejábamos atrás. Así conseguía sorprenderlos. Kobra era una guerrera nata.

Cuando desemboqué frente a las primeras calles de la ciudad, donde se mezclaban chabolas de uralita con tiendas de campaña modelo tuareg. Pensé que había desbaratado la Operación Nieve y que, si conseguía perderme entre los edificios de aquella ciudad, Kobra y yo estaríamos a salvo…

… Estaba pensando eso cuando Kobra gritó, a mí espalda:

—¡Voy a matar a Schroeder! —Y luego—: ¡Tú sigue sin mí!

De momento, no entendí qué quería decir con eso. Luego, lo intuí, miré por el retrovisor lateral y vi a la chica, fusil en mano,

corriendo por la calleja en que yo acababa de encajonar el camión-oruga. Grité algo así como «¡Kobra!, maldita sea, ¿estás loca?», y pisé el freno a fondo.

El vehículo coleó. El pasaje por donde me había introducido era tan estrecho que la trasera blindada golpeó primero en la pared de la derecha y luego en la de la izquierda, antes de pararse con catastrófica brusquedad, bloqueando el paso.

Cuando me incorporé y cogí el «FN» que Kobra había dejado, la chica ya no estaba a la vista. La llamé, «¡Kobra!», y salté al suelo, decidido a encontrarla como fuera. Maldita sea, buen momento había elegido para volverse loca…

Corría yo hacia la primera bocacalle cuando apareció ante mí uno de los camiones de Schroeder. Me pegué a la pared y apreté el gatillo del fusil de asalto…

… Inútilmente. No tenía balas.

—¡Por todos los infiernos, Kobra! ¡Esto no se me hace a mí! —chillé.

Me tiré al suelo, rodé sobre mí mismo esquivando una rociada de balas que me perseguía, me puse en pie junto a la cercana esquina, y eché a correr como un gamo. Todos los demonios de todos los infiernos me perseguían. De pronto, estalló algo muy gordo a mí lado y una casucha se convirtió en cascotes y ruinas ennegrecidas.

Ni rastro de Kobra. Decidí enviarla al cuerno y salvar mi piel emprendiendo la salida más cercana. Mientras me precipitaba por una calleja cuesta arriba, observé que el tiroteo y las explosiones que dejaba atrás eran exageradamente intensos y que no necesariamente tenía que ver conmigo. De momento, creí que el ejército leal al gobierno se había puesto en acción. Estaba a punto de relajarme en el momento en que apareció por sorpresa el *jeep* de Apollo lanzado contra mí. Iba más gente en él, pero sólo vi a Apollo, su traje de alpaca gris y la «Luger» en su mano.

Salté por pura intuición. A un alar de un tejado. El *jeep* no frenó a tiempo y se estampó estrepitosamente contra la pared, por debajo de mis pies. Apollo fue a parar de cabeza contra el muro, saltando por encima del capó, mientras yo me aupaba hasta el tejado y continuaba mi carrera. No me hice ilusiones: si aquel monstruo no había muerto al caer del Golden Gate, tampoco había peligro de

que muriera por tan poca cosa.

Me perseguían a tiros.

Desde el tejado de las casas típicamente morunas, en la zanja formada por la calle a donde me dirigía, vi de repente un extraño revoloteo de halcones. ¡Schroeder me estaba esperando allí!

Cambié el rumbo de mi escapada, salté de lo alto del tejado a una especie de patio y crucé corriendo por un decorado típicamente árabe, al descubierto, hasta unos porches cercanos.

Una par de balas, silbando alrededor, arrancaban blanco a las paredes.

Empujé una puerta. Se abrió. Me vi ante el arranque de una escalera de caracol. Trepé por ella de seis en seis, dejando atrás gritos, disparos y frenazos de coches. Voces que proclamaban: «¡Se ha metido por allí!».

Evidentemente, yo me había metido en una ratonera. Aquello era un minarete, una de esas torres altas y estrechas desde las cuales los muecines invitan a los musulmanes a la oración.

Llegué a una extraña sala, de reducidas dimensiones, circular y llena de cacharros. Desde luego, si aquello había sido un lugar sagrado alguna vez, ahora había dejado de serlo. A lo mejor, el nuevo régimen del país ya no defendía la religión coránica.

Alguien subía las escaleras tras de mí. Yo ni siquiera pensé lo que hacía. Tomé un antiguo calefactor, o aspirador cilíndrico, y me pegué a la pared de forma que el primer invasor que apareciera lo hiciera de espaldas a mí. Iba tan confiado creyendo que yo no tenía armas, que recibió el mazazo con la sonrisa en los labios. Creo que le hundí el cráneo.

Cayó de bruces, dejándome su fusil de asalto, y luego se desplomó sobre quienes le seguían. Yo recogí el «FN» y lo utilicé al tuntún, organizando un estruendo de mil demonios. Desde donde estaba no podía ver a nadie, pero supongo que las balas, rebotando, haciendo carambolas, alcanzaron a más de tres.

Luego, me precipité al balconcillo del minarete. Abajo estaba Schroeder, rodeado de sicarios. Disparé contra ellos sin ninguna piedad y me pareció divertido que corrieran, dispersándose en todas direcciones.

Pero yo no tenía salvación. Dentro de poco, se me acabarían las balas y aquellos cochinos me atraparían.

Volví al interior del minarete. En la penumbra, entre los trastos heterogéneos que se apilaban en un rincón, vi la ballesta. Tuve que acercarme al hueco de la escalera para recogerla y mirar si había algún dardo o flecha cerca. Entonces, oí las órdenes de Schroeder, abajo:

—¡No perdáis más tiempo con este desgraciado! ¡Yo me encargaré de él! ¡Vamos, vamos, vamos!

Me alegró oír la noticia. En un duelo singular entre el coronel Schroeder y yo, no me cabía duda alguna respecto a quién vencería.

Salí al exterior, dispuesto a disparar sobre todo el que se largara obedeciendo las órdenes del coronel…

… Y entonces me vi envuelto en una nube mortal. De momento, fue algo frenético, enloquecedor, sorprendente, sin explicación. Cien manos me apuñalaron, me cortaron con cuchillas de afeitar, me buscaron con saña los ojos.

Perdí el fusil de asalto, que cayó a la calle.

Me di contra la pared, grité, aterrorizado, porque no sabía qué sucedía… ¡Y, entonces, cuando empecé a bracear para sacarme aquella maldición de encima, mis dedos descubrieron qué era lo que me atacaba!

¡Una bandada de halcones…! ¡Los halcones del coronel Schroeder habían ido a pedir refuerzos a su familia y los habían invitado a un festín en que yo era el manjar!

Agarré a uno, lo despedacé con mis manos. Golpeé a otros dos a ciegas, mientras retrocedía buscando la seguridad del interior del minarete. Todo era inútil. Quizá dentro tuvieran menos capacidad de acción.

Eran incansables y sanguinarios, sorprendentes y tenaces. Estaban en todas partes. Mientras aplastaba de un puñetazo a uno contra la pared, siempre había otro perforándome la nuca.

Me dejé caer al interior de la torre, y por un momento (quizá debido a la penumbra que contrastaba con el sol cegador del exterior) me dejaron en paz.

Gateé con frenesí, buscando la ballesta, creyendo que en ella encontraría la salvación, ¡qué absurdo!

Atacaron de nuevo justo cuando yo tenía la ballesta entre las manos. Nuevamente, sentí que me alcanzaban las flechas de todos los indios de todos los westerns de Hollywood.

Me sacudí como un epiléptico, rodé sobre mí mismo, golpeé el aire con la ballesta, aplasté la cabeza de uno contra el suelo con mi mano libre, pataleé y tuve la satisfacción de ver que una de aquellas aves demoníacas salía despedida contra la pared y se quedaba en el suelo, de medio lado, aleteando torpemente, desarmada.

Entonces, sobrevino la paz.

Tuve la satisfacción de verme medio caído entre una profusión de halcones muertos y descuartizados. Algunas alas aún se movían, pero ya ninguno más podría hacer daño a nadie en su vida.

Me levanté lentamente, sangrando por todas partes. Pero vivo. Salí a la luz del mirador. La sensación de triunfo que me animaba era totalmente ficticia: aún tenía que vencer a Schroeder.

Me asomé por encima de la barandilla y lo que vi me sobrecogió de espanto.

El coronel estaba abajo. Me miraba. Y sobre sus hombros todavía quedaban los halcones, los dos halcones que siempre le acompañaban. ¡Mierda, cómo odié en aquellos momentos a aquellos bichos!

Los dos arrancaron el vuelo.

Agarré la ballesta con dos manos, dispuesto a rió recibir ni un picotazo más.

Entonces, sonó un tiro y uno de los halcones rompió su vuelo. Otro tiro, cram, y el otro halcón cayó en picado, desmadejado, perdida toda su elegancia. Y yo miré abajo, a la calle. Y el coronel Schroeder miró atrás, sobresaltado…

… Y los dos vimos a Kobra, de pie sobre una de las bajas azoteas de aquel barrio, con su fusil de asalto «FN» en la mano.

—¡Yo también sé matar animales, Schroeder! —anunció la chica.

Y lo demostró matándolo a él.

Fue todo sumamente rápido y, en cambio, pareció que no iba a terminar nunca.

Quizá fuera mi estado febril, pero me pareció que se movían a cámara lenta.

Schroeder tenía su «Colt» 45 en la mano. La levantó hasta la altura de su cabeza…

Kobra lo encañonó con el «FN» y apretó el gatillo a la altura de su cadera…

… Y entonces, trrrrrrraaaaaatt, el coronel Schroeder se

convulsionó como una marioneta en manos de un loco, lanzando en todas direcciones un estallido de jirones de ropa, de carne y sangre, y fragmentos de todas las condecoraciones y distintivos de todos los ejércitos clandestinos del mundo.

Por unos instantes, pareció levitar a un metro del suelo.

Pivotó un par de veces sobre sí mismo y cayó como, un fardo.

Yo miraba boquiabierto el cadáver cuando Kobra gritó, desde abajo:

—¿Qué demonios haces ahí arriba, James? ¿No quieres venir conmigo a conocer la ciudad? ¡Vamos a meternos en el fregado!

Eché una ojeada a los edificios que me rodeaban. Sólo en un par de puntos se veían incendios. Y, conteniendo la respiración para escuchar, no conseguí percibir ningún disparo.

Más que un fregado aquello estaba siendo un barrido.

Capítulo VII

Nunca hubiera dicho que aquella joven y desvalida que necesitaba la protección de un tigre, de pronto se convirtiera en un ejecutivo agresivo con dotes de organización.

Esto es: después de ejecutar a Schroeder, me agredió para organizarme la vida. Quizá hubiera seguido un cursillo Dale Carnegie acerca de «Qué hacer y cómo comportarse en medio de un golpe de Estado».

Me agarró de mi dolorido pescuezo, me montó en el *jeep* del coronel y se puso a conducir a toda velocidad por las calles de la ciudad como si hubiera nacido allí y las conociera de toda la vida.

En el camino, me contó que nadie en el país entendía lo que había sucedido. Hacía tiempo que tenían problemas con el Estado vecino y más de un tiro se había disparado en choques fronterizos; corrían rumores de un próximo golpe de Estado y las grandes superpotencias estaban con los radares alerta, pendientes cada una de ellas de ver a quién apoyaba el enemigo para colaborar inmediatamente con la facción contraria. Y en éstas estaban cuando un cuerpo de ejército desconocido (o sea: nosotros) había irrumpido en la ciudad pegando tiros sin ton ni son. Enseguida, había cundido el pánico en todas las embajadas y se había iniciado la evacuación del país…

—¿Pero cómo sabes tú todo esto? —preguntaba yo, sin poder apartar mis alucinados ojos de su impertérrita serenidad.

—Son cosas que se saben —decía Kobra. Y seguía diciendo que ella creía que, gracias a nosotros, se había abortado el golpe.

—De los ciento cincuenta que venían, no deben de haber entrado en la ciudad más de la tercera parte —dijo—. Debe de ser la primera vez en la historia que la policía de a pie vence con sus

pistolitas a un «ejército organizado»…

Aquel comentario, me recordó mis anteriores deducciones. Volví a considerar que el grupo de mercenarios no eran precisamente un «ejército organizado», que todo aquello me parecía una «maniobra de distracción». Pero mi asombro no me permitía seguir razonando y me obligaba a preguntar una y otra vez:

—¿Pero tú cómo sabes todo esto?

Mientras seguíamos circulando por las calles vacías de una ciudad donde no parecía reinar demasiado caos.

—¿Lo ves? —replicaba ella, ignorando mi pregunta—. Nadie apoyaría este golpe. En realidad, la gente del país está muy contenta con el actual gobierno… —Afirmaciones así resultaban tanto más asombrosas cuanto que yo ni siquiera sabía en qué país estábamos—. Es un gobierno firme y severo, africanista y nacionalista, no dispuesto a pactar con políticas ajenas que les puedan invadir. En menos de dos años, han erradicado de aquí todas las mafias de delincuentes: han acabado con el tráfico de esclavos, con el tráfico de heroína (éste era uno de los principales caminos del opio hacia los países mediterráneos), con la trata de blancas, con la manipulación económica…

—¿Y tú cómo sabes todo esto?

Tomó una curva tan cerrada que casi me proyecta fuera del *jeep*. Por fin, se explicó:

—Me escondí mientras planeaba mi estrategia contra Schroeder. Un matrimonio de ancianos muy agradable me invitó a desayunar y me contó sus impresiones políticas…

Claro que no me creí ni una palabra pero, al menos, era una explicación. De forma que pude centrar mi atención en otras menudencias:

—¿Y se puede saber dónde vamos ahora?

—Está a punto de salir un avión con repatriados norteamericanos. Ya sabes: típicos tenderos asustadizos empujados por sus esposas histéricas temerosas de ser violadas por los salvajes. En cuanto alguien hace «bu» cerca de ellos, salen corriendo, cogiditos del brazo y montan en un avión para volar a su Massachussetts querido…

—Te hago notar —dije—, que tú y yo estamos corriendo cogiditos del brazo para montar en un avión que nos lleve lejos de

aquí…

—Pero lo nuestro es distinto —replicó ella.

¡No sabía hasta qué punto tenía razón al decir eso!

Un par de coches de policía y unos cuantos oficiales nos cerraban el paso dispuestos a controlar quiénes éramos, qué hacíamos allí y dónde íbamos. Kobra dio un brusco golpe de volante, se subió al césped de unos jardincillos, atravesó una isla peatonal a punto de meterse en un estanque y salió zumbando por una calle ancha y desierta que apuntaba a las afueras.

Miré hacia atrás. Nadie nos seguía. Supuse que les preocupaba más quién quería entrar que quién pretendía salir.

Bordeamos la playa por una carretera bien asfaltada hasta el aeropuerto. Yo había optado por callar, pensar y esperar acontecimientos.

No se trataba de un aeropuerto muy grande. Era apenas un chalet rodeado de una pista de asfalto y de unas cuantas barreras y señores uniformados que movían los brazos creyendo que sólo con eso ya conseguirían que nos detuviéramos.

Tras ellos, en la pista, esperaba un trimotor Britten Norman 2A Trislander, con capacidad para una docena de personas.

—¡Ahí está el avión! ¡Vámonos de aquí!

Kobra no había utilizado el freno hasta aquel momento y pareció que decidía que ya era mayorcita para empezar a hacerlo entonces. No tenía nada contra los señores uniformados que hacían señales: su objetivo era el aparato; pero para llegar al segundo no quedaba más remedio que prescindir de los primeros. Nunca hubiéramos podido demostrar que estábamos legalmente en el país, porque estábamos ilegalmente en el país.

O sea, que aceleró.

Los señores uniformados se desperdigaron saltando en todas direcciones. Nuestro sufrido *jeep* destrozó la barrera y enfiló la pista de aterrizaje en dirección al avión.

Había alguien en lo alto de la breve escalerilla. No nos fijamos en él. Simplemente saltamos del *jeep* y montamos en el avión gritando:

—¡Ciudadanos americanos! ¡Vámonos!

Entonces, alguien preguntó, suponiendo que nosotros lo sabríamos:

—¡Estamos esperando a Schroeder! ¿Qué ha sido de él?

Nos quedamos petrificados.

Todos los hombres que llenaban el avión, muy elegantes, parecían nerviosísimos. Nos miraban esperando que reaccionáramos. Por fin, uno de ellos, el más impaciente de todos, se puso en movimiento hacia nosotros, que no sabíamos qué hacer, plantados frente a aquella puerta.

Supongo que mi lamentable y ensangrentado estado les hacía pensar que yo no estaba en condiciones de responder.

—¡Y qué más da! —dijo el tipo impaciente—. ¡Si Schroeder no ha venido hasta ahora, es que ya no viene! ¡Vámonos!

El mismo quitó la escalerilla y cerró la puerta.

—¡Vámonos! —repitió, volviéndose hacia la cabina del piloto…

… Y, por tanto, hacia mí.

Lo reconocí. Aquel hombre era Conrado Testa, el hombre a quien yo había visto hablando con el coronel Schroeder en el Club de Cetrería. El hombre que dominaba la heroína en todo el mundo… ¡En aquel momento, lo comprendí todo!

Mientras el avión corría por la pista de despegue.

Mientras Conrado Testa también me miraba fijamente…

Comprendí que la invasión de los mercenarios había sido una maniobra de distracción y una coartada para sacar del país todo el almacenaje de heroína. Kobra había dicho que aquel gobierno había conseguido acabar con el tráfico de la droga. Todo aquello había sido la operación desesperada destinada a salvar las existencias de heroína. ¡Y allí estaba Conrado Testa, con toda su plana mayor, haciéndose pasar por repatriados americanos! ¡Nadie iba a mirar los enseres de unos pobres, honrados y despavoridos repatriados norteamericanos, llegaran donde llegaran!

—Indiana James —pronunció Conrado Testa, estupefacto. Nos habíamos conocido mientras peleábamos el uno contra el otro en San Francisco, aquella ocasión en que sostuve una reyerta en lo alto del Golden Gate.

—Pobres, honrados y despavoridos repatriados norteamericanos… —dije yo—. ¡Bah!

El echó mano al interior de la chaqueta. Yo le sujeté y le golpeé en la cara.

—¡A la cabina del piloto, Kobra! —grité.

Forcejeábamos mientras todos los falsos repatriados hacían gesto de ayudar a su jefe. Conseguí arrebatarle la pistola y empujarlo contra ellos antes de que pudieran hacerme nada. La estrechez del aparato y las hileras de asientos entorpecieron sus movimientos.

—¡Quietos! —grité. Y salté a la cabina del piloto.

Éste había tenido tiempo justo de conectar el piloto automático y estaba peleando con Kobra. Descargué la pistola sobre su cabeza. Cayó el piloto de rodillas.

Ese segundo de distracción bastó para que ocho o diez hombres con pinta de ejecutivos me encañonaran con sus pistolas. Grité antes de que nadie apretara el gatillo:

—¡Un momento! ¿Alguno de ustedes sabe pilotar este cacharro?

Eso les paralizó. Se fijaron en que el piloto estaba fuera de combate, a mis pies.

—Yo sí sé pilotarlo, señores —anuncié, muy orgulloso de mis habilidades—. Creo que me necesitan. —Le entregué la pistola a Kobra—: Mantenlos a raya, nena. No tengas mucho miedo. Si quieren llegar a tierra sanos y salvos, me cuidarán como si yo fuera su más preciado jarrón Ming.

Me senté a los mandos y me hice cargo inmediatamente de la situación. Sobrevolábamos el mar a muy poca altura. Me elevé tanto como pude. Puse rumbo norte.

A mi espalda, Kobra mantenía a raya a irnos tipos que, contradiciendo la perfecta educación que sugerían sus ropas, soltaban groserías referentes a distintos temas enciclopédicos. Uno aficionado a la gastronomía anunciaba «me comeré tus orejas estofadas», otro que se inclinaba por los finos caldos declaraba «me beberé tu sangre», el aficionado a la odontología aseguraba «te arrancaré los dientes», el de costumbres exóticas proclamaba las ventajas de empalar o desollar vivo…

Hasta que le tocó el turno a Conrado Testa. El negociante.

—Está bien, James… Sólo di cuánto…

Hubo un largo silencio.

—Di una cifra —insistió—. Di cuántos millones.

—Dice que digas una cifra —me explicó Kobra, a mí espalda, sin aliento—. Millones.

—Ya lo he oído…

—Bueno, pues di una… —me sugirió la chica—. Sólo por

probar, a ver qué dicen…

Miré por encima de mi hombro. Apoyada en la puerta de la cabina, pistola en mano, Kobra mantenía a raya a los hombres de negocios que se agolpaban frente a ella.

—Cuando tengas edad para escuchar barbaridades —empecé—, te contaré una historia repugnante, Kobra. Una historia de niñas y niños heroinómanos, y de hombres y mujeres adultos también, ¿por qué no? Una historia por la que yo me subí a uno de los pilares del Golden Gate para tirar desde allí arriba a un hombre. Y te juro que me porté muy bien con él. Demasiado bien, Kobra. La prueba es que ese hombre todavía estaba vivo anteayer. —Levanté la voz—: ¿Sabe de quién estoy hablando, Testa? ¿Sabe de qué estoy hablando?

Otro silencio. Conrado Testa, Míster Héroe, carraspeó.

—Está bien, James. Juega, puesto que te gusta jugar. Yo te adelantaré las reglas del juego. La regla principal y primera es: tú pierdes. Aterrizarás, vendrá la policía y nos detendrá, sí, es probable. Pero nosotros aún tenemos armas, James. La chica quizá nos riegue a balazos y más de uno de nosotros morirá. Sí, es cierto. Pero es un juego aburrido, James. Se adivina el final. No sé cuántos goles meteréis vosotros… pero nosotros meteremos dos.

Nadie se atrevió a hacer ningún comentario. Se podía oír la respiración agitada de Kobra a mí espalda.

Conrado Testa tenía razón.

A lo lejos, se divisaba la costa francesa.

Conecté la radio. A través de los auriculares, recibí un torrente de órdenes. Que me identificara, que dijera dónde iba a aterrizar, que me diera por enterado de que estaba violando el cielo francés.

Empecé portándome bien, para que no desconfiaran de mí.

—Lo siento, pero no conozco la nomenclatura del avión —empecé—. Seguramente, será robado porque traigo una fauna que no es nada de fiar…

—¿Qué está diciendo? —me preguntó alguien.

—Venimos de un país, no sé cuál, donde se ha dado una especie de falso golpe de Estado… —Resultaba muy difícil de explicar, realmente.

—¿Está de broma?

—Bueno, enfoquémoslo desde un punto de vista distinto… Este avión va cargado de heroína hasta los topes y sus doce ocupantes

son peligrosos traficantes… —A mi espalda, podía oír cómo Conrado Testa y compañía se mesaban los cabellos y chirriaban de dientes—. Comuníquese con la Interpol y con la Gendarmerie y hábleles de Conrado Testa, Míster Héroe, y verá qué le dicen…

—¿Está usted borracho? —preguntó quien fuera desde no sé qué torre de control.

—Le será difícil creerlo, pero no… Escúcheme… Haga el favor de movilizar a toda la policía disponible, ¿quiere?

Con esa sensación de cruzar una barrera, una meta, el avión dejó de sobrevolar mar azul para penetrar en tierra francesa. La Costa Azul, magnífica Costa Azul. Di una vuelta para volver hacia el mar. Sobrevolé Cannes. Divisé, la *Tour* de Suquet.

—Y ahora —dije—, haga que despejen el Boulevard de la Croissette. ¡Todo! ¡Fuera coches, fuera gente! ¡Todo fuera! ¡Voy a aterrizar en él!

A todos los ocupantes del avión se les congeló tanto la sangre que la temperatura descendió varios grados centígrados.

—¿¿Está usted loco?? —chilló el de la torre de control ensordeciéndome.

—¡Loco o no, usted ya conoce mis intenciones, y más vale que mueva el culo y haga lo que le digo o se convertirá en mi cómplice!

—¡Por todos los santos! —dijo el hombre. O alguna cosa equivalente en francés.

A mi espalda, castañeteaban los dientes de todos los gangsters, mientras yo sobrevolaba en círculo la ciudad del Festival de Cine y comprobaba, con mis propios ojos, que la policía y el ejército francés habían empezado a tomar medidas. Rápidos y eficientes, los chicos.

—¡Por el amor de Dios, James! —sollozó Conrado Testa—. ¡Diez millones! ¡Diez millones de dólares si aterriza en un aeropuerto!

—No me fío, Testa.

—¡Entonces, peor para ti! —le oí gritar, en el tono melodramático de quien ha resuelto suicidarse.

Al parecer, trató de usar su arma, pero antes de que Kobra pudiera disparar, los otros traficantes se precipitaron sobre él. Se organizó un cierto guirigay histérico, sonó algún tiro y algún grito.

La voz temblorosa de Kobra me susurró:

—Estás loco, James…

—Por favor, Kobra. Tú no me digas eso.

—… Pero te adoro.

—Eso sí.

Y aterricé.

Era entonces o nunca. La policía la había emprendido a porrazos con la gente de las terrazas del paseo marítimo de Cannes, obligándolos de forma demencial a meterse en el interior de los bares. Los bomberos y el ejército habían acordonado la zona. Unos tipos vestidos de rojo, con banderolas multicolores, me hacían señas para que yo me hiciera a la idea de que todo estaba controlado. Así que sobrevolé de nuevo la *Tour* di Suquet y ascendí bruscamente.

Gritos a mí espalda.

Bajé muy decidido sobre la Place du General De Gaulle y tomé tierra en el estrechísimo Boulevard de la Croissette.

Fue un topetazo, un sacudón, un concierto de chillidos.

Una de las alas topó con una farola, o un árbol, y desapareció al mismo tiempo que desaparecían los parabrisas y el mundo se volvía loco. El avión giró sobre sí mismo, como una peonza, al tiempo que su vieja carcasa se arrugaba como papel de estaño.

Escoramos, tropezamos con algo, tuve la fantástica visión de una hélice flotando, ingrávida, en dirección al mar…

… Y nos incrustamos en la arena.

Enseguida, silencio.

—¡Vámonos de aquí, Kobra!

Enseguida, sirenas y griterío.

Enseguida, una nube blanca hizo que desapareciera el mundo. Todo el avión se llenó de espuma en la que podíamos ahogarnos.

Mientras saltábamos Kobra y yo por la ventanilla delantera, en medio de una nube blanca a un mar de espuma blanquísima, a nuestra espalda oí unas cuantas maldiciones de Testa. Una de ellas me vaticinaba muy pocas horas de salud y muchos años de enfermedades muy dolorosas.

Si nosotros salimos sin orden ni concierto, la operación montada por la Gendarmerie estuvo perfectamente orquestada.

Una mano se posó en mi nuca y me amorró al suelo.

Parece que eso sucedió con los demás pasajeros.

Pero los hombres de la División Especial, los más duros, mejor entrenados y armados, se dedicaron a mí en exclusiva.

—¡Menos mal que han llegado a tiempo! —les dije, a modo de saludo—. ¡Todo el avión está lleno de nieve!

—No es nieve —me aclaró el más ingenuo de los cien que me encañonaban—. Es espuma. Suerte tienen de que no se haya incendiado el aparato…

—Sí… Pero, debajo de la espuma, hay nieve. Ya sabe: nieve, polvo, reina, caballo, *flash*, llámele como quiera… ¡Heroína! —Y le di un beso en el punto de mira de su arma.

Kobra me dio un beso a mí.

Después de todo, estábamos vivos.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/